

LA TUMBA DE ANTÍGONA

MARÍA ZAMBRANO

**Editorial Anthropos
Barcelona 1986**

**[la primera edición fue publicada en
México, Siglo XXI, 1967]**

PRÓLOGO

Antígona, en verdad, no se suicidó en su tumba, según Sófocles, incurriendo en un inevitable error, nos cuenta. Mas ¿podía Antígona darse la muerte, ella que no había dispuesto nunca de su vida? No tuvo siquiera tiempo para reparar en sí misma. Despertada de su sueño de niña por el error de su padre y el suicidio de la madre, por la anomalía de su origen, por el exilio, obligada a servir de guía al padre ciego, rey-mendigo, inocente-culpable, hubo de entrar en la plenitud de la conciencia. El conflicto trágico la encontró virgen y la tomó enteramente para sí; creció dentro de él como una larva en su capullo. Sin ella el proceso trágico de la familia y de la ciudad no hubiera podido proseguir ni, menos aún, arrojar su sentido.

Pues que el conflicto trágico no alcanzaría a serlo, a ingresar en la categoría de la tragedia, si consistiera solamente en una destrucción; si de la destrucción no se desprendiera algo que la sobrepasa, que la rescata. Y de no suceder así, la Tragedia sería nada más que el relato de una catástrofe o de una serie de ellas, en el cual, a lo más, se ejemplifica el hundimiento de un aspecto de la condición humana o de toda ella. Un relato que no hubiese al-

canzado existencia poética, a no ser que fuera un inabarcable llanto, una lamentación sin fin y sin finalidad, si es que no iba a desembocar en la Elegía —lo que es ya otra categoría poética—.

Entre todos los protagonistas de la Tragedia griega, la muchacha Antígona es aquella en quien se muestra, con mayor pureza y más visiblemente, la trascendencia propia del género. Mas a cambio de ello le fue necesario el tiempo —el que se le dio y otro más—. Sobre ella vino a caer el tiempo también: el necesario para la transformación de Edipo desde ser el autor de un doble crimen «sacro» hasta ser un «fármacos» que libera y purifica.

Y mientras tanto, el proceso destructor ávidamente proseguía devorando. La guerra civil con la paradigmática muerte de los dos hermanos, a manos uno de otro, tras de haber recibido la maldición del padre. Símbolo quizá un tanto ingenuo de toda guerra civil, mas valedero. Y el tirano que cree sellar la herida multiplicándola por el oprobio y la muerte. El tirano que se cree señor de la muerte y que sólo dándola se siente existir.

La muerte de Antígona deja ciertamente sin posibilidad de rescate al tirano arrepentido, o más bien forzado a volverse atrás. Y de la contienda entre los hermanos sólo ha podido salvar la honra debida al cadáver del vencido. Quedaban flotando el arrebatado final de Edipo, la asfixia de Yocasta, la inesperada muerte del pálido Hemón, y aun: la vida no vivida de la propia Antígona, cuya posibilidad sólo se actualizó en el llanto, camino del sepulcro. Como si solamente ella cumpliera enteramente el llanto ritual, la lamentación sin la cual nadie debe de bajar a la tumba.

Se revela así la verdadera y más honda condición de Antígona de ser la doncella sacrificada a los «ínferos», sobre los que se alza la ciudad. Pues que los antiguos no ignoraban que toda ciudad está sostenida sobre el abismo, y rodeada de algo muy semejante al caos. Su recinto, pues había de ser doblemente mantenido, sin contar con la otra

dimensión, la de los cielos y sus dioses. Una ciudad se sostenía entre los tres mundos. El superior, el terrestre y el de los abismos infernales. El mantenerla exigía sacrificio humano, cosa ésta de que los modernos no podrían ciertamente extrañarse. El sacrificio de una doncella debía de ser un antiguo rito. Y ello tampoco, en verdad, debería suscitar asombro. El sacrificio sigue siendo el fondo último de la historia, su secreto resorte. Ningún intento de eliminar el sacrificio, sustituyéndolo por la razón en cualquiera de sus formas, ha logrado hasta ahora establecerse. Inevitablemente la figura de Juana de Arco se presenta consumida por el fuego, forma típica de sacrificio sagrado en toda su violencia. Y esa cadena de santas, doncellas enmuradas, ofreciendo durante un tiempo que no acaba su pureza a la pureza de la fe, del amor que rescata y trasciende.

Pues que la acción del sacrificio ha de cumplirse en los tres mundos: en la tierra, sosteniendo o preparando una arquitectura al par humana y divina o, por lo menos, sagrada; en los abismos, aplacándolos y salvando de ellos algo que pueda salvarse y clame por ser incorporado a la luz, por ser dado a la luz y a la vida; en los cielos, en su forma más trascendente, el humo que puede ser también fragancia, aroma, del sacrificio que asciende más alto que la palabra, que la palabra sola, al menos. Y en ciertas palabras proferidas por el que oficia el sacrificio cuando la víctima es enteramente pasiva, paciente, y por la víctima cuando ella se ofrece, llegan arriba como la corroboración del sacrificio, como su perfección total, pues que declaran al par el sufrimiento y su sentido. Son expresión y revelación humanamente sacras.

Ninguna víctima de sacrificio pues, y más aún si está movida por el amor, puede dejar de pasar por los infiernos. Ello sucede así, diríamos, ya en esta tierra, donde sin abandonarla el dado al amor ha de pasar por todo: por los infiernos de la soledad, del delirio, por el fuego, para acabar dando esa luz que sólo en el corazón se enciende, que

sólo por el corazón se enciende. Parece que la condición sea ésta de haber de descender a los abismos para ascender, atravesando todas las regiones donde el amor es el elemento, por así decir, de la trascendencia humana; primeramente fecundo, seguidamente, si persiste, creador. Creador de vida, de luz, de conciencia.

Pues que el amor y su ritual viaje a los ínferos es quien alumbra el nacimiento de la conciencia. Antígona lo muestra. Sócrates lo cumplió a su modo. Ellos dos son las víctimas de sacrificio que «el milagro griego» nos muestra, nos tiende. Y los dos perecen por la ciudad, en virtud de las leyes de la ciudad que trasciende. Por la Nueva Ley, diríamos. Por esa Nueva Ley que guía y conduce, consume, «flagela y salva, conduce a los ínferos y rescata de ellos» a ciertos elegidos, a ciertos pueblos enteros en algunas ocasiones, inolvidables en esta nuestra tradición occidental. Pues se diría que la raíz misma del Occidente, sea la esperanza de la Nueva Ley que no es solamente el íntimo motor de todo sacrificio, sino que se constituye en Pasión que preside la historia.

Antígona es una figura, un tanto profética —del profetismo griego—, de esta pasión. Su sacrificio por ser obra de amor abarca los tres mundos en toda su extensión. El de los muertos, a los que su piedad la lleva; una piedad-amor-razón que le dice que ha de estar entre ellos más que entre los vivos, como si su vida sobre la tierra se le apareciese como una efímera primavera; como si ella fuera una Perséfone sin esposo que ha obtenido únicamente una estación: una primavera que no puede ser reiterada. El mundo propiamente terrestre donde ha nacido en el laberinto de unas entrañas como sierpes; en el laberinto de la guerra civil y de la tiranía subsiguiente, es decir: en el doble laberinto de la familia y de la historia. Y al realizar ella su sacrificio con la lucidez que le descubre la Nueva Ley, que es también la más remota y sagrada, la Ley sin más, llega hasta allí donde una humana sociedad exista. Su pureza se hace claridad y aun sustancia misma de hu-

mana conciencia en estado naciente. Es una figura de la aurora de la conciencia.

Por todo ello no podía darse la muerte, ni tampoco morir como el común de los mortales. Ninguna víctima de sacrificio muere tan simplemente. Han de vivir vida y muerte unidas en su trascender. Que este trascender no sea sino en esta unión, en estas nupcias.

Y el suplicio al que Antígona fue condenada parece dado adrede para que tenga tiempo, un tiempo indefinido para vivir su muerte, para apurarla apurando al par su vida, su vida no vivida y con ella, al par de ella, el proceso trágico de su familia y de su ciudad. Y esa última dimensión de su condena, la que caracteriza a la tragedia griega, resplandeciente hasta el extremo en Antígona: el abandono; el abandono total de sus dioses. Pues que en la tragedia *Antígona* de Sófocles, los dioses no intervienen. Ningún oráculo divino le ha señalado a esta muchacha su destino. Apolo nada le dijo y quizá por ello, ni él ni su hermana Atenea se preocuparon de su suerte. Bien es verdad que Edipo tuvo el anuncio de su destino y ninguna potencia divina bajó en su auxilio a la hora de la desdicha. Tal vez por eso fuese «el más desdichado de los hombres». Mas la tuvo a ella, a Antígona, y se le dio el tiempo del exilio en su compañía, siendo arrebatado por las potencias terrestres, como lo fue Heracles, como un héroe o un semi-dió prometido a superior vida. Mientras que Antígona estuvo sola. Se le dio una tumba. Había de dársele también tiempo. Y más que muerte, tránsito. Tiempo para deshacer el nudo de las entrañas familiares, para apurar el proceso trágico en sus diversas dimensiones. Y un morir, un género de morir conveniente para que dejara algo, la aurora que portaba, y para que saliera purificada de lo que fue al mismo tiempo infierno y purgatorio, hacia su destino ultraterrestre, tal como siglos después dijera alguien de sí mismo: «*Puro e disposto a salire alle stelle*».

Resplandece en Antígona uno de los más felices hallazgos de la conciencia religiosa griega: la pasión de la hija.

No se dice con ello que sea el único lugar donde tal pasión aparezca. Mas en nuestra tradición occidental es la Tragedia griega donde se nos ofrece. Ya que el Islam que podría mostrarnos la figura de Fátima, la hija adolorida del Profeta, sólo bajo el velo del incógnito en tantos casos ha estado presente en la tradición occidental —Fátima «la resplandeciente» a quien sus desventuras de madre llegaron por ser hija, la hija que llegó a «ser madre de su padre», según la expresión del propio padre—.

Es en la Tragedia griega donde, naturalmente, la pasión de la hija puede ofrecer el modo propio de este género, donde lo divino se entremezcla a lo humano. En lo solamente humano se da el drama, la comedia, cierto tipo de novela y cierto tipo de historias. Mas en verdad, cuando todo ello alcanza la dignidad suprema de su propia categoría, quedan siempre flotando por oculto que esté Dios, los dioses. Por cerrado que sea el silencio de lo divino, en un remoto horizonte se abre una cierta llamada; un solo punto al que todo el conflicto se remite. Y sucede también que, cuando el silencio es la única respuesta para el humano clamar y la humana alabanza, llega a adquirir consistencia, casi entidad. Y es entonces más, mucho más que un personaje con su voz.

La pasión de Antígona se da en la ausencia y en el silencio de sus dioses. Se diría que bajo la sombra del Dios Desconocido a quien los atenienses no descuidaron de erigir un ara. Como se sabe, san Pablo al pie de ella anunció la resurrección ante el silencio de los atenienses. La vertiginosa promesa creó un silencio en vez de una ciega precipitación, de las muchas en que se engendra la historia apócrifa —no por ello menos cierta— que recubre la verdadera.

Y así la historia apócrifa asfixia casi constantemente a la verdadera, esa que la razón filosófica se afana en revelar y establecer y la razón poética en rescatar. Entre las dos, como entre dos maderos que se cruzan, sufren su suplicio las víctimas propiciatorias de la humana historia. Ya que

en el símbolo de la cruz podemos encontrar el eje vertical que señala la tensión de lo terrestre hacia el cielo, como la línea más directa de influjo del cielo sobre la tierra, eje igualmente de la figura de la humana atención en su extremada vigilia, y de la decisión en su firmeza. Y en el eje horizontal la dirección paralela al suelo terrestre en que el mismo suelo se alza y aprisiona los brazos abiertos, signo de la total entrega del mediador; de esa entrega completa de su ser y de su presencia, en virtud de la cual el ave puede ser capturada, suplicada. (V. René Guenin, *Le symbolisme de la Croix.*)

Y la historia misma apócrifa se encarga de que tal figura sin dejar de ser una cruz se desfigure y sea un aspa. Pues que en la cruz aspada los dos ejes aparecen con el mismo valor y se ha abolido, además, la dirección vertical que es la que a los servidores de la historia apócrifa más les desasosiega. Y a la víctima fijada en ella se le hace girar, ir recorriendo todas las posibles posiciones según el viento que corre, según las intenciones y conveniencias de quienes disponen de ella. Y el movimiento tanto puede ser de izquierda a derecha como de derecha a izquierda. Y si se queda quieta, el aspa tiene la figura de una equis, de una incógnita.

Pues que todo parece indicar que los lugares precedan a las funciones que desde ellos se cumplen. Y así la función de mediador se encuentra hoy sin lugar adecuado alguno para ejercerse, y el llamado a ese oficio sin medio alguno de visibilidad. Y así, la acción primera, originaria y primordial de los primeros mediadores y, huelga decirlo, del Mediador sobre todos, ha debido de consistir en abrir espacio, el espacio propio, cualificado donde su función divina en un caso, humana mas siempre bajo el peso de lo divino en algún modo, se verifica. La ambigüedad en la actitud y el gesto; el equívoco, la tergiversación en la palabra es la primera barrera que circunda el espacio donde la acción y la figura del mediador aparecen.

La Tragedia griega es un espacio privilegiado para que

la figura de una cierta especie de mediador aparezca. Un mediador que cumple o ha de cumplir una hazaña fuera de lo común; un robo a los dioses en favor del hombre, una serie —zodiacal— de fatigas por las que monstruos ambiguos y amenazadores quedan vencidos; crímenes obligados, realizados bajo un mandato irresistible depositado en la conciencia del actor o bajo ella. El protagonista, en su acción llevada a cabo en una verdadera pasión, es ya un actor y con él todos los que le rodean, salvo el adivino y el coro, que saben y profieren un juicio ya moral y a veces moralista, que el protagonista, poseído por su pasión, no puede tomar en cuenta. Pues que la moral está en otro plano que a él no le toca. La moral, la razón viene después y sólo después que él ha apurado su padecer activamente. Diríamos que la moral es la herencia que el padecer del protagonista deja, gracias precisamente a esa *ybris* que le reprochan. Pues que sin ella, sin el delirio correspondiente, las acciones extraordinarias, entre los dioses y los hombres, entre el destino y la naciente libertad, no se cumpliría. Dioses y hombres necesitan de esas máscaras bajo las cuales lo humano y lo divino se entremezclan para después dividirse según una medida justa o a lo menos válida para la posibilidad de lo humano. Los dioses se agotan en la lucha antes de dejar la herencia a su heredero, y procuran devorar al protagonista, al portador de esa profecía llamada hombre, tal como entre sí hicieron. Urano mantenía encerrados dentro del seno de la madre Gea a sus propios hijos. Cronos, mediador primero entre los dioses, los libera. Libera y oculta, tal como el tiempo ya humano seguirá siempre haciendo, y devora y restituye tal como la historia rehacía a los humanos designios y prosigue haciendo ante nuestros ojos. Zeus, padre de todos, parece traer la estabilidad simbolizada por la piedra provocadora depositada al pie del monte que sirve de morada a los dioses. Piedra que simboliza un término y un comienzo, un límite por tanto, la primera piedra del cerco que circunscribe lo humano; ara de un posible y necesario

pacto. Pues que sólo un pacto que señala un límite entre el ilimitado empuje de los dioses y la no menos ilimitada pasión de ser del hombre puede aportar la estabilidad —la siempre amenazadora y exigua estabilidad de las humanas construcciones—.

Mas la avaricia y el temor de Zeus —este padre que parece traer la estabilidad— harán pagar a Prometeo su «crimen» en favor de los mortales a los que solamente algo proveniente de los dioses y de su mundo —fuego, artes— puede mantener en su mortal vida aquí sobre la madre Tierra. Pues parece que la pasión de estos dioses fuese que sus propios hijos, dioses también, quedaran sepultados en el seno de la madre, o bien ocultos en el pecho del padre, y la no menos enconada de que el hombre no acabase de nacer. A esta luz, el error de Edipo se aparece como un paso más en la procesión que Hesíodo nos da a ver en su *Teogonía*. Y la pasión de Antígona, la pasión de una hija, era ineluctable, porque lo era igualmente el que los varones herederos fueran dos y muriesen, entremuriéndose tanto como entrematándose. La doble culpa de Edipo como padre y como rey había de repartirse entre su prole, aunque no como repetición del hecho culposo, sino simplemente como ceguera, la ceguera propia del que está naciendo, que le impide ver el límite —sacro en este caso—. Sobre ellos, varones, cayó en verdad la herencia del rey, de aquel ímpetu primero que cegó a Edipo en ansia de querer coronarse sin mirar; sin detenerse a mirar siquiera el modo que el destino tan fácilmente le ofrecía —sin sospechar siquiera que bajo la naturalidad con que el destino ofrece un don se agazapa, paradójicamente, la máxima transgresión a la ley natural—.

Mas al caer sobre la hija, una sola, Antígona, la herencia de Edipo-hombre más que la de Edipo-rey, cayó sobre ella algo esencial que no puede dividirse y por ello no tenía por qué caer sino de refilón sobre la otra hija, Ismene, que sólo en tanto que hermana tuvo parte en la tragedia. No podía desdoblarse esta esencia en dos contrarios que lu-

chan entre sí. Esta esencia era sustancia, materia prima de sacrificio que el sacrificio solo puede consumir. Mas para que el sacrificio se consuma eficazmente hace falta la presencia operante de algo puro, Antígona en este caso, que por su sacrificio logra no sólo rescatar la culpa familiar sino que su pureza—su humana pureza— se haga trascendente.

Y mientras, del lado del poder la lucha de los hermanos hace ver la persistencia de un algo que frente a la pureza y a la ley de Antígona se torna en pasado, en pasado a sepultar: la antigua pretensión de poder ciega de los dioses y de los reyes-tiranos que llega siempre desde afuera, o desde adentro y si es así desde muy adentro, para ensanchar la ciudad y adensar el poder sobre ella.

Hoy, desde tan lejos, podemos suponer que el hermano que llegó desde afuera—exógamo— sobre Tebas viniera a rescatarla traído por ese sueño en que se concreta la esperanza de liberar la ciudad del excesivamente denso poder ensombrecido por la endogamia llevada más allá de toda ley. El hermano de Antígona, que la condujo irresistible, fatalmente a la muerte no pudo llegar, según las paradojas de la tragedia, más que en ansia de llevarla a ella y a su ciudad, hacia la vida. Y así, aunque ninguna alusión encontremos en el texto de Sófocles ni, que sepamos, en ninguna leyenda, llega a la mente la idea de un cierto parentesco, de una cierta analogía entre Polinices, el hermano de Antígona que llega sobre Tebas, y Oreste, el hermano de Electra, el hermano absoluto, por así decir, el que llega vengador-liberador para rescatar al par el poder ensombrecido y la hermana víctima de los errores encadenados de todo un linaje. Las diferencias de situación y aun de la acción que se desencadena por la llegada del hermano absoluto son tan evidentes que no se hace necesario el señalarlas. Lo que sí salta a la vista por el contraste entre las dos trágicas situaciones es que se trata de la fraternidad: de una fraternidad que se debate bajo

la fatalidad sombría: que es la fraternidad la verdadera protagonista entre las tinieblas legadas por el reino del padre y de la madre—de la madre que no supo ver en el caso de Yocasta lo que Edipo no veía, sustraerse al mal que los excesos de Agamenón le aportaron hiriéndola en su condición de madre y de mujer, en el caso de la oscura, entrañable Clitemnestra—.

Es la fraternidad, sin duda alguna, lo que aflora, lo que se presenta como naciente protagonista, como necesario protagonista redentor: lo que va a desatar el nudo del mal; es la relación entre una hermana sufriente, fiel, esclava y un hermano que regresa portador de la libertad, heredero sin duda, al menos en su pretensión, de la autoridad del padre según una nueva ley nacida de la luz que se insinúa. Mas de la luz que exige lo incomprendible, en el caso de Oreste de un modo inapelable y manifiesto. Y se nos aparece así esta relación fraternal como crucificada entre la sombra heredada, la maldición que se arrastra en las tinieblas, y la luz que se anuncia: la luz prometida.

Emerge intermitentemente esta relación de la pura fraternidad, como el voto secreto del hombre que se debate en el laberinto de los lazos de la sangre atraída por el poder o, más bien, por el anhelo de poder que ciega y enajena. Sólo después de una cadena de culpas, de errores, de delirios llega el instante del reconocimiento, de la identificación: el protagonista se reconoce como sujeto de su culpa; se libra con ello de ser el objeto, el simple objeto sobre el que ha caído el favor o la condenación del destino que planea sobre los hombres y sobre los dioses.

Y así, en este instante que viene a ser como un punto, la balanza señala la equidad: dioses y hombres aparecen igualados. Igualados también el privilegio y la culpa, y el ser y no-ser de la condición humana se revela inversamente al ser y no-ser de los dioses. En el hombre el ser sujeto de culpa produce un exceso, un cierto exceso que bien podría llamarse transcendencia que le sitúa como protagonista absoluto, por encima de los mismos dioses; se

hace en torno suyo un vacío hasta entonces desconocido; la ciudad no lo acoge; no encuentra lugar alguno ni entre los vivos ni entre los muertos; se le revela su soledad. Una soledad que únicamente el Dios desconocido, mudo, recoge. Paradójicamente, el fruto de la fraternidad es esta soledad, lo que aparece con evidencia en el caso de Antígona —la misma hermana, la hermana absoluta «autoadelfa», como dice el texto de Sófocles—. Es en ella, en Antígona, en la que se cumple hasta el fin el proceso de la «anagnórisis», en que una humana criatura sin culpa propia, singular, se convierte en sujeto puro, diríamos, de profética soledad. Abandonada por los dioses, aun por aquella Atenea muchacha como ella, como ella hija del padre: atención desvelada en que la conciencia se revela, claridad que comienza a desprenderse del combate entre la luz y las sombras: aurora. Mas Atenea no compareció, según hace para asistir a Oreste manchado por la culpa que Apolo provocó y que su luz no podía desvanecer. Bien es verdad que Oreste había bajado ya al último de los abismos cuando Atenea interviene, más que para salvarle, para establecer la sagrada asamblea, el Areópago, balanza de los mismos dioses obligados a pesar y a medir, a pesarse y a medirse ellos mismos, saliendo así ellos mismos del dominio del destino para hacerse responsables en obediencia a la ley. Y si Oreste hubiera quedado entregado a las furias de venganza inacabable, todo habría quedado ahí, en la venganza que no cesa y que por lo mismo, como toda venganza que no cesa, no alcanza a ser historia. Pues que la historia, ella, ha de pasar también por su «anagnórisis»; ha de identificarse en la ley para no despeñarse en una simple historia de perdición, o en la historia de una perdición.

Mientras que Antígona sin mancha manifiesta la misma ley, la ley siempre nueva, siempre reveladora; la ley sepultada que ha de ser resucitada por obra de alguien humanamente sin culpa. Es la ley dejada atrás, caída en olvido, sepultada a veces: el perenne principio más allá,

por encima no sólo de los dioses —de aquellos dioses— y de los hombres, sino del mismo destino que parecía planear sobre ellos, mudo, incognoscible. La ley en que el destino se configura y, por ello mismo, se rescata. Pues que la hazaña ha de ser esa: rescatar la fatalidad.

La fraternidad ha quedado sacrificada, casi desvanecida. En su lugar lo que aparece es la soledad humana. Mas ¿podía quedar ahí la cuestión para Antígona? Una nueva tragedia se le abría al entrar en su tumba todavía viva; viva sin hermano y sin nupcias.

Se presenta entonces la tragedia propia de ella, de Antígona en este su segundo nacimiento que coincide no con su muerte, sino con ser enterrada viva —perfecta contraposición de aquel su destierro cuando se abrió a la vida—. Un segundo nacimiento que le ofrece, como a todos los que a esto sucede, la revelación de su ser en todas sus dimensiones; segundo nacimiento que es vida y visión en el *speculum justitiae*. Y Antígona, la doncella, se conoce, y aun antes se siente como lo que es: un ser íntegro, una muchacha enteramente virginal. Lo que se le presenta como lo que era; como una promesa de perfectas bodas y ya no las tendrá; es lo que ella ve, pues que es la finalidad no alcanzada lo que al inocente condenado se le revela, lo que a la víctima verdadera de sacrificio se le aparece. Víctima digna de sacrificio es al modo humano, quien no ha andado en busca de ello, quien no ha dispuesto de su propio ser y de su propia vida yendo en busca de sacrificio, tan frecuente en los tiempos modernos que, en esto al menos, sí parece que estén ya pasando. Este tiempo aún palpitante, poblado de víctimas en busca de sacrificio, por no saber qué hacer del ser y de la vida, por vértigo del tiempo, por espanto de ese «tienes frente a ti toda la vida» —que al adolescente angustiado se le repite— desconociendo que es eso justamente lo que le espanta: tener frente a sí toda la vida, toda como una esfera compacta, inaccesible como un absoluto del vivir instante a instante. Por anhelo también de realizar el ser inasible, de ver el rostro verda-

dero que cada hombre siente escondido y por ver, a lo menos en algunos casos, el rostro resplandeciente, la verdadera y santa faz, la única. Mas Antígona, aurora de la humana conciencia, no la tuvo tan siquiera de su sacrificio. Por ello no tuvo que usar la ironía como no pudo por lo menos de hacer Sócrates. La conciencia en ella refleja un rayo de luz a la que enteramente se remite sin sufrir por un instante la tentación de querer verse a sí misma. Camina a tientas en la luz como si no fuese, como suelen los mortales, acompañada de su sombra movediza —y precedida de su imagen—.

Como si nunca se hubiese mirado en espejo alguno entró en su tumba. Tenía todo su ser con ella. Lloró por sus bodas, esas sus bodas en las que no parecía haber reparado nunca anteriormente; por el tiempo que se le quitaba, inevitablemente por ella misma, porque en ese instante se sentía y veía por primera vez. Nació así entrando en la cueva oscura, teniendo que ir consumiéndose sola, entrándose en sus propias entrañas. A la que objetiva, impassible declaraba la verdadera ley sobre la pasión, se le impuso muerte por entrañamiento. Diáfana, sin sombra y sin imagen, se la hacía entrañarse, morir como si se suicidara desde adentro y mientras se consuma, verse, estar frente a su imagen por primera vez. ¿Iría a aceptarlo? Sófocles no podía admitirlo, no podía dejarla morir de este modo. Halló para ello el recurso del suicidio desde fuera, de ese suicidio que consiste en matarse por librarse del otro, del tenerse que ir muriendo, entrándose en las propias entrañas hasta encontrar el punto donde la boca de la muerte se abre y deslizarse en su angostura hasta ser por ella bebida, tal como la víbora, su tótem tebano, hace al embeberse en la tierra.

No era posible que Antígona, que había trascendido la ley de su propia ciudad y la misma familia y sus dioses, tuviera que seguir en su modo de morir el paradigma del tótem ancestral del terruño natal; el sólo haber andado en el destierro le dispensaba de morir así, según la manda-

ban. Mas tampoco podía darse la muerte, según Sófocles dice. En verdad no podía morir de ninguna manera Antígona. A no ser que se acepte un modo de muerte que es tránsito; ir dejándose aquí la vida y llevándose el ser, mas no tan simplemente. Pues que en criatura de tan lograda unidad ser y vida no pueden separarse ni por la muerte. La vida lo es de un ser afectado sin duda; por la muerte. Un modo de muerte que lo revela y con ello le da una nueva vida. Pues que la muerte oculta a ciertos «seres» cuando les llega y revela a otros revelando la vida inextinguible: en la historia y más allá, en un horizonte sin término. Un trascender revelador al que es preferible llamar tránsito, cuya imagen más fiel es el adormirse.

La ocultación se produce de otra manera en esta clase de seres —personajes y excepcionalmente humanas criaturas—: una tumba cuando se les da y un tiempo de olvido, de ausencia como en el sueño. Con este olvido se les da tiempo. El tiempo que se les debe, que coincide con el tiempo que los humanos necesitan para recibir esa revelación, claros que se abren en el bosque de la historia.

Ya que el bosque, dicho sea de paso, se configura más que por los senderos que se le pierden, por los claros que en su espesura se abren, aljibes de claridad y de silencio. Templos. Cuando el hombre quiera saber de estos claros en lugar de seguir el imperativo de recorrer sus senderos, la historia, el pensamiento, comenzará a desenmarañarse. Los claros que se abren en el bosque, gotas de desierto, son como silencios de la revelación.

La ocultación es tiempo nocturno del que todos los seres vivientes de acá necesitan para seguir viviendo. La discontinuidad dentro del dominio del simple vivir prefigura la discontinuidad de la historia. Tiempo de germinación en la oscuridad debido, más que a nadie, a quienes actualizan de algún modo la promesa de la resurrección, como individuos, y a la ley de la reaparición que modula la historia. Sin discontinuidad la historia quizá no existiría, o

sería muy diferente: acumulación o duración sobrepuesta a la vida.

La tumba en que Antígona fue encerrada viva la guardó durante un tiempo —el que se le debía— viva, consumiéndose en la última etapa de su vida —una vida en que gracias a un ser sacrificado se recapitula la historia de un linaje, de una ciudad en forma de que el trascender a modo del humo del sacrificio se eleve y al elevarse haga visible y asequible su sentido universalmente, para todo linaje y aun más todavía para toda ciudad. Un sacrificio vivificante, como todos los de verdad. En este caso gracias a la palabra poética, virginal también ella—.

Y así aparece la muchacha Antígona imposibilitada también de darse muerte ante todo y aun de morir al modo común, como suele suceder a los personajes en quienes la verdad encarna hasta hacerse profecía. Bien es cierto que la verdad es siempre profecía y que por ello resulta tan indecible, por inefable o por dicha antes, del tiempo en que no cuesta ya el decirla. Y por inagotable.

Corre la verdad la suerte de sus mantenedores; con ellos desaparece en un instante de entre las cosas visibles y entra con ellos en la tumba, lugar entre todos apropiado para la germinación.

Aquí, en la historia, lo que en estas tumbas de la verdad germina y trasciende no es visible sino en ciertos momentos, en otros no se ve y nunca acaba de verse. Nunca puede ser apresada en un concepto, ni en una idea, como toda verdad en estado naciente. Y la humana criatura que la mantiene al par que ostenta una indestructible unidad, ofrece variaciones en su forma que, ciertamente no la alteran. Como la aurora, como la fragancia de la flor recién abierta, como ellas se trasfunde sin perderse. Y su única manera de ceder es desaparecer nuevamente, creando con ello una angustia y una mudez que se van anudando conforme dura el tiempo de la ocultación.

Es una estirpe la que Antígona funda o a lo menos nos da a ver. En el lenguaje de hoy, un arquetipo. Hace recog-

noscibles a personajes poéticos y a humanas criaturas conduciéndolas, como ella se conduce, más allá y por encima de sí misma. Es la estirpe de los enmurados no solamente vivos, sino vivientes. En lugares señalados o en medio de la ciudad entre los hombres indiferentes, dentro de una muerte parcial que les deja un tiempo que los envuelve en una especie de gruta que puede esconder un prado o en un jardín donde se les ofrece un fruto puro y un agua viva que les sostiene ocultamente: sueño, cárcel a veces, silencios impenetrables, enfermedad, enajenación. Muertes aparentes. Lugares reales y al par modos con que la conciencia elude y alude, se conduce ante estas criaturas. Y ellas se ocultan y reaparecen según números desconocidos. Vuelven en una aparición que progresa al modo de la aurora. Trescientos años durmieron en su caverna los siete Santos Durmientes hasta resucitar visiblemente, cayendo luego en definitiva muerte. En Éfeso, se despiertan cíclicamente en las conciencias devotas, según el muy eminente Louis Massignon, al despertarlos ahora, nos cuenta.

Simplicidad, pureza, nitidez sellan a estas figuras haciéndolas reconocibles. Lo que en ellas se afirma y resplandece es su condición de criatura —figuras, palabras del primer Poema; memoria despierta del «*Fiat Lux*», al que se les ha dado responder con el «*Fiat mihi*» de la criatura primera, sin que ellas siempre lo sepan—. Criaturas virginales de larga vida, pues que cuando se les acorta, se les da un tiempo propio, inalienable. Dice Dilthey a propósito de Hölderlin: «Existe la vieja creencia de que los dioses se manifiestan y revelan el porvenir de las cosas en las almas vírgenes. En este estado de pureza de alma y de impoluta belleza de su ser, piadosamente guardado vivía Hölderlin». Profetas pues, estas almas, mas no sólo y no tanto de las cosas del porvenir, sino del ser del hombre que en ellas resplandece como una profecía.

Lo más humano del hombre, al menos como se nos sigue apareciendo hoy, es la conciencia. Y es la conciencia

la que alumbra Antígona, la aurora que reitera en cada una de sus reapariciones. Sin duda esta tragedia de Sófocles es entre todas las que de este autor y de todos los demás conocemos la más cercana a la filosofía, aunque haya sido por motivos estrictamente filosóficos por lo que haya atraído a Kierkegaard; él era a su modo de la especie «Antígona» por su destino de hijo, por su búsqueda, ya que el filósofo ha de buscar siempre del estado inicial en que se es sin más criatura; por su apetencia de fraternidad—su conflicto había de resolverse en el mundo de los hermanos, en el del Hijo—; por su soledad insalvable. Tampoco ha atraído a poetas como Hölderlin por la acabada poesía en que su ser diáfano se logra. La vocación de Antígona—o la vocación «Antígona»—precede a la diversificación entre filosofía y poesía, ésta antes del cruce en que el filósofo y el poeta con tanto desgarramiento en algunos se separan. Cuánto esfuerzo para no volver la vista atrás. Inútil esfuerzo en ciertas etapas de la historia, ya que en ellas este pasado se revela como el principio, como el origen asimilable a la patria primera del hombre ya en la Tierra.

Mas lo que el sacrificio de Antígona ofrece es la conciencia, sí. Una conciencia en estado naciente que se desprende del sacrificio de un alma, de un ser más bien, en su integridad. Una conciencia que más tarde en la filosofía aparecerá como nacida de un sujeto restringido, de un Yo que por ella cobra existencia. El sujeto llegará a ser el sujeto puro, mas sin que se haya purificado como convendría o, al menos, sin que se nos haya enseñado cómo se ha ido purificando. Y nada tiene de extraño el que desde esta pureza el «Yo» en la conciencia a él confiada se haya ido haciendo cada vez menos puro y más Yo, se haya ido hundiendo hasta coincidir con el «Yo empírico» hoy llamado Ego, y aun más abajo. Así va el hombre hoy, aunque justo es decirlo, no sin avidez a veces exasperada de «anagnórisis», de reconocerse en un nítido espejo, que no le arroje su condena.

Mientras que la conciencia en «estas almas vírgenes» no depende de ningún yo. El sujeto es todo el ser que se ha ofrecido más allá de la vida y de la muerte, que ha dado su respuesta única, en un fiat que en un solo instante ha tomado para sí todo el tiempo. La conciencia nacida así es claridad profética que la aurora inexorablemente nos tiende, un humano *speculum justitiae* en que la historia se mira. Sería mortal riesgo mirarse en el *speculum justitiae*, si no viniera del sacrificio. Si no fuese al par que profético, vivificante.

A Antígona pues, le fue dado y exigido al par un tiempo entre la vida y la muerte en su tumba. Un tiempo de múltiples funciones, pues que en él tenía ella que apurar aunque en mínima medida su vida no vivida y más que en la imaginación—a ella tan extraña—ofreciendo a todos los personajes envueltos por el lazo trágico, a todos los encerrados en el círculo mágico de la fatalidad—destino el tiempo de la luz, el tiempo de que la luz necesaria penetrase en sus entrañas—. Ya que el círculo mágico era el cerco de un laberinto; del laberinto de las entrañas familiares vueltas sobre sí, y de la revuelta constitución de la ciudad. Más bien, de los cimientos de la ciudad, sus muros.

Antígona en su tumba es una presencia. En la vida común la persona, en el mejor de los casos, llega a hacer esa su máscara un tanto transparente y al par animada, pues que no hay que olvidar que de luz de vida estamos tratando. Mas en la vida de una persona humana, por dada que sea a la luz, hay siempre una oscuridad y en ella algo que se esconde; la persona resiste a la luz en los mejores casos tanto como la busca. Sólo por el sacrificio se deshace esta resistencia—sacrificio no visible en muchos casos y en otros cumplido en instante violenta y visiblemente, mas incubado desde un principio—.

Y así, la persona nunca está del todo presente ni para su propia conciencia y a veces para ella menos aún que para la de ajenos ojos. La presencia íntegra la logra sólo

el desposeído de ese núcleo de oscuridad reacio a hacerse visible. El desposeído que es también el desenajenado. Y poco importa que a quien esto ha llegado le sigan doliendo sus heridas y sienta que se le abre y ensancha esa herida formada por la juntura imposible de su ser y de su no-ser; de lo que ha sido y de lo que podría haber sido, de su posibilidad y de la realidad impuesta. La visión de la vida no vivida atormenta a la víctima en trance de desposesión o de desenajenación. Pues que solamente la libertad, cuando se acerca, hace visible la esclavitud; únicamente cuando la identidad del ser que nació humanamente se aproxima, la enajenación en que vivió se apura, se consume dándose a ver.

Antígona entró en su tumba, según Sófocles, lamentando sus nupcias no habidas. Entra delirando. Y sólo entonces vislumbra, aunque el poeta no lo manifieste, que no le fue consentido tener esposo para que en ella, por su total sacrificio, se deshiera el nudo familiar y quedase para siempre de manifiesto la diferencia entre la ley de los hombres, la de los dioses y la ley verdadera que se cierne sobre ellas: la ley por encima de los dioses y de los hombres, más antigua que ellos, y de la que ellos solamente son profecía diáfana, como en Antígona, o en deformada imagen como en toda forma de poder que a ella no se pliegue. Supo entonces que no se le habían consentido las humanas nupcias porque había sido, desde que nació, devorada por el abismo de la familia, por los inferos de la ciudad. Y entonces se desatan al par su llanto y su delirio. Lloro la muchacha —como lloró Juana camino de la hoguera, como han llorado sin ser oídas las enterradas vidas en sepulcro de piedra o en soledad bajo el tiempo—. Y el delirio brota de estas vidas, de estos seres vivientes en la última etapa de su logro, en el último tiempo en que su voz puede ser oída. Y su presencia se hace una, una presencia inviolable; una conciencia intangible, una voz que surge una y otra vez. Mientras la historia que devoró a la muchacha Antígona prosiga, esa historia que pide sacri-

ficio, Antígona seguirá delirando. Mientras la historia familiar, la de las entrañas, exija sacrificio, mientras la ciudad y su ley no se rindan, ellas, a la luz vivificante. Y no será extraño así que alguien escuche este delirio y lo transcriba lo más fielmente posible.

Antígona

Vedme aquí dioses, aquí estoy, hermano. ¿No me esperabas? ¿He de caer aún más bajo? Sí, he de seguir descendiendo para encontrarte. Aquí es todavía sobre la tierra. Y ese rayo de luz que se desliza como una sierpe, esa luz que me busca, será mi tortura mayor. No poder ni aun aquí librarme de ti, oh luz, luz del Sol, del Sol de la Tierra.

¿No hay un Sol de los muertos? Has de perseguirme hasta aquí, Sol de la Tierra, he de saber por ti si es noche, si es día; si el Sol va a romper, avasallando la Aurora, si se está hundiendo por fin el Mar, he de seguir sabiéndolo... siempre. Eso yo no lo había pensado.

Y mientras te vea, luz del Sol, me seguiré viendo y sabré que yo, Antígona, estoy aquí todavía, al estar aquí, y al estar todavía sola, sí, sola en el silencio, en la tiniebla, perseguida aún por ese Sol de los vivos que todavía no me deja. Sola y perseguida por ti, luz de los vivos, la de mis propios ojos que sólo a ti y a mí misma estarán viendo.

Y ¿qué me dices tú, luz del Sol? Sí, ahora lo sé, todos

los amaneceres iba a tu encuentro, luz pura de la mañana, te ponías rosa, roja a veces, eras la Aurora. Yo esperaba de ti la palabra, y sólo me dabas el Sol, días tras día, el Sol. Nunca llegué a oírte; de aquel silencio tan blanco de tu ser nunca vi nacer la palabra. Te encendías, no para darla, te encendías sólo por el Sol..., sólo por el Sol te encendías, sólo el Sol me dabas.

Y ahora ¿vienes a decirme algo, luz del Sol? Si al fin te oyes, si me dieras esa palabra, una sola, que viniera derecha al fondo de mi corazón, allí donde, ahora lo sé, ninguna palabra, ni la de mi juez, ni la de mi hermana, ni la del amor, nunca ha llegado; donde no entró palabra alguna, ni llanto ni gemido, donde ni siquiera llegaron los ayes del hermano pensando por sepultura, ni voz alguna de criatura viviente: ni el mugido del toro, ni el canto de la alondra, ni el poderoso arrullo del mar llegó nunca, ni nada de la vida. Tu palabra, luz, sin que yo la entienda, dámela, luz que no me dejas. La palabra nacida en ti, y no ese Sol.

Pero ahora que abro los ojos, Aurora, que cerré para invocarte, ya no estás; ni tampoco tú, la sierpe del Sol poniente. Luz cambiante ¿me oyes, me has oído y huiste? ¿Eres tú así? ¿Así eres tú?

Ahora sí, en la tiniebla completa y ya sin sombra, al menos. Pero arriba, sobre la tierra y no dentro de ella estoy; yo creía que iba a entrar en el pueblo de los muertos, mi patria. Pero no, estoy fuera, afuera. No en el corazón de la noche sintiendo el latir del corazón de la eterna madre tierra. Allí bebería del agua, de la raíz oscura del agua. Pero no, seca la garganta, el corazón hueco como un cántaro de sed, estoy aquí en la tiniebla.

Pero ahora conozco mi condena: «Antígona, enterrada viva, no morirás, seguirás así, ni en la vida ni en la muerte, ni en la vida ni en la muerte...».

La noche

Cuánto rumor en el silencio, noche, cuánta vida en mi muerte, cuánta sangre en mis venas aún, cuánto calor en estas piedras.

Y mi corazón, como siempre, corre al encuentro de la sombra, como en la vida. Entonces, durante el día, anhelaba la noche, respiraba hacia ella. Sólo la mañana era para mí el presente, un ancho, hermoso presente, como el centro de un río; sólo en ella el latir del tiempo se acordaba con el de mis sienes, estas sienes que me avisaban con su latido el galopar del infortunio que llegaba.

La desgracia golpeó con su martillo mis sienes hasta pulirlas como el interior de una caracola, hasta que fueron como dos oídos que sentían los pasos blandos de la desdicha, su presencia; esos pasos blandos con que la desdicha mucho antes de desatarse entra en nuestra cámara y viola el recinto del sueño sin mirarnos siquiera. Se presenta y está ahí fija, se queda exhalando terror, un terror que llega a ser como una túnica, ésta, ésta que me pusieron ya de niña, y que ha ido creciendo conmigo hasta ser como mi propia piel.

Ni el agua lustral, ni la corriente del río, fueron bastante potentes para arrancarme esta piel de terror. Nunca estuve desnuda; mi piel fue deshojada por este parásito. Un día me vi de repente y me dio sobresalto. ¿Era yo esa larva sin cuerpo, sin más espesor que el necesario para ser visible? Impalpable como las figuras de los sueños, como un recuerdo. Y era ése mi cuerpo, sustraído desde siempre al despertar.

No, tumba mía, no voy a golpearte. No voy a estrellar contra ti mi cabeza. No me arrojaré sobre ti como si fueras tú la culpable. Una cuna eres; un nido. Mi casa. Y sé que te abrirás. Y mientras tanto, quizá me dejes oír tu música, porque en las piedras blancas hay siempre una canción.

Quise oírla siempre, la voz de la piedra, la voz y el eco,

esos dos hermanos que son la voz y el eco; hermana y hermano, sí. Mas las humanas voces no me dejan oír las. Porque no escuchan, los hombres. A ellos, lo que menos les gusta hacer es eso: escuchar. Pero yo, mientras muero, quiero oírte a ti, mi tumba, quiero oírlos a vosotras, piedras de esta tumba *mía* blanca como la boca del alba.

Y tampoco a ti, puerta de mi destino, te golpearé, ni te pediré que te abras. Estás ahí, obedece: obedece como yo. Como yo, sé infranqueable.

Ni a ti, muerte, te diré de venir. La muerte que entró en mí al escuchar mi condena no está aquí ahora. Y a la muerte de verdad nada le digo. Mucho hablé de la muerte yo, mucho de los muertos, ¿dónde están ahora? Estoy aquí sola con toda la vida. Pero no te llamaré, muerte, no te llamaré. Seguiré sola con toda la vida, como si hubiera de nacer; como si estuviera naciendo en esta tumba.

O acaso ¿no nació dentro de ella, y todo me ha sucedido dentro de la tumba que me tenía prisionera? Dentro siempre de la familia: padre, hermana, hermano y hermano, siempre, siempre así.

¿Dónde está mi amor? Ahora es de noche. —Mi amor, mi amor ¿adónde? ¿Adónde, mi amor, adónde?—

Nacía para ti, amor; me devora la piedad de piedra.

La piedad sin dioses. —¿Dónde los dioses, dónde? ¿Adónde se fue el amor, y los dioses, adónde?— Y ahora es de noche, la noche. Ahora es la noche.

Iré a nacer aquí, ahora. Me han devuelto a la prisión de donde no había salido nunca, prisionera yo de nacimiento.

¿Cómo iba yo a nacer, a nacer como todo el mundo, hija de mis padres? ¿Podían ellos engendrar hijos más que en una tumba?

¿Cómo iba yo a ser novia; eso: una novia, la novia?

En la muerte y sin tierra. Nunca se me dieron juntas, como es sabido. Pude enterrar a mi madre, eso sí, y me dio mucha confianza. A mi padre, vivo aún, lo devoró la tierra; se abrió aquella cueva. ¿Gime todavía vivo como yo, o era

acaso un pobre dios burlado por la condición humana? ¿A quién volver los ojos, a vosotros dioses que me dejasteis sola con la piedad?

Y ahora no siento ya piedad alguna, no siento nada, como si no hubiese ni tan siquiera comenzado a revolverse en el vientre de mi madre.

Sombra de mi vida, sombra *mía*. Una muchacha yo, nada más que eso. Y ¿lo fui? ¿He sido alguna vez solamente eso, una muchacha? ¿Por qué veo esa sombra?, ¿es la *mía*? ¿Hay luz de nuevo aquí? No, no es de ahora, no puedo ser esa muchacha de quien es la sombra; ligera, alta, fragante. No lo fui nunca. Y ahora hay otra sombra. ¿Eres tú, hermano *mío*, que más dichoso que yo, recibido por la tierra al fin, vienes a buscarme? ¿Me traes el agua, los aromas, me darás tu mano para llevarme del otro lado?

Eres tú, mi hermano. ¿Mas cuál, cuál de los dos, cuál hermano?

Sueño de la hermana

No estabas allí ni aquí, Ismene, mi hermana. Estabas conmigo. Y era esta tumba; pero no, ya no era una tumba. Estábamos, sí, apartadas; podíamos salir, faltaba todo un muro, y una grande claridad se derramaba dentro, y una luz blanca afuera, que no era en verdad afuera, sino un lugar abierto que seguía.

Aquí, de este lado (*señalando a un lugar*), un corredor estrecho, y allá, al fondo, una escalerita.

Algunos hombres, no sé quiénes, pasaban por ahí sin entrar sabiéndonos aquí, juntas y aparte, vestidas de blanco las dos. Algo nos había sucedido. Estábamos como entregadas, como habiéndolo reconocido todo, un todo

que nos pedían reconociésemos; pero algo más pusimos por nuestra cuenta, algo que nadie sabía: nuestro secreto.

Porque, hermana, nosotras tenemos nuestro secreto, lo tuvimos siempre. De niñas, cuando jugábamos, y cuando nos peleábamos —«no quiero jugar ya más contigo»— ese secreto estaba entendido.

Nuestro secreto. Todos sabían que lo teníamos. Pero nosotras nunca aludíamos a él. Y ahora, yo no sabría tampoco decírtelo. No es de decir. Eso es. Era de jugar, de jugar nuestro juego interminable. Después era de hacer, de hacer eso que yo sola hice: acompañar a nuestro padre; después ir a lavar a nuestro hermano maldecido. Y tú no viniste; y después, sí, ya me acuerdo: tú quisiste morir conmigo.

Pero yo no te dejé. Y él, el hombre ese del poder, el que mandaba. —¿Todavía está ahí mandando?— El que manda para condenar pareció obedecer a mi voluntad —pues que en algo me tenía que obedecer él a mí— Y no te condeno a muerte, quiero decir: te condeno a vivir sin mí —él condena siempre— y con la angustia de haber perdido el secreto, como un anillo que se rompe y ya no le sirve a nadie.

Pero no, Ismene, no, hermana. Tú no tenías que venir conmigo a lavar a nuestro hermano sin honra, porque mira, ya está claro, la lavandera soy yo.

Esto debía de estar dentro del secreto sin que lo supiéramos.

Porque un secreto de verdad es un secreto para todo el mundo, y más todavía para aquellos a quienes liga. No, nosotras no sabíamos y sabíamos, sentíamos nuestro secreto, el de nosotras solas, solitas. Un secreto nuestro de hermanas solas. Hermanas siempre, Ismene, ya lo ves. Yo fui, tú no fuiste. Pero eso estaba en el juego, ¿te acuerdas? En el juego yo era la que pisaba más veces raya y siempre perdía, por eso, por eso sólo. En todo lo demás era avisada, pero pisaba siempre raya, y siempre estaba yendo y viniendo. Ana, nuestra Ana, me lo decía: «Niña, niña, que

no vayas y vengas tanto, que eso no está bien». Yo pasé la raya y la traspasé, la volví a pasar y a repasar, yendo y viniendo a la tierra prohibida. Le hubieras visto, hermana. Estaba sobre una roca, roja de su sangre, la sangre hecha ya piedra, y yo derramé mucha agua, toda la que pude sobre ella, para lavarla, a ella, a la sangre y que corriera. Porque la sangre no debe quedarse dura como piedra. No, que corra como lo que es la sangre, una fuente, un riachuelo que se traga la tierra. La sangre no es para quedarse hecha piedra, atrayendo a los pájaros de mal agüero, auras tiñosas que vienen a ensuciarse los picos. La sangre así, trae sangre, llama sangre porque tiene sed, la sangre muerta tiene sed, y luego vienen las condenas, más muertos, todavía más en una procesión sin fin. Eché agua, toda la que pude, para calmar su sed, para darle vida y que corriera viva hasta que se empapara la tierra, hasta embeberse en la tierra. Porque de la tierra luego brota. Que la sangre quiere brotar. Brota en un manantial, en una fuente donde los pájaros, también los de mal agüero, beben y se lavan el pico, y con él se alisan las plumas y entonces se vuelven buenos. Lo rojo de la sangre, la tierra se lo queda para dárselo a las flores, esas que nacen porque sí, las azulinas, las violetas, las amapolas que nacen donde menos se las espera. La Tierra lo arregla todo, lo distribuye todo. Bueno, quiero decir estas cosas, si la dejan. Pero no la dejan, no. No la dejan nunca ellos, los que mandan. ¿La dejarán alguna vez que haga su trabajo en paz? Le sustraen los muertos, o se los echan con una maldición atada al cuello. Y luego, ¿me ves aquí?, le echan criaturas vivas, vivas como yo lo estoy, más viva que nunca, viviente de verdad.

Pero, oye hermana, tú que estás todavía arriba sobre la tierra, óyeme: ¿Me dirás cuándo la pelusa de la primavera nace sobre esta tumba? Dime: ¿Cuándo nazca algo, dime si me lo vendrás a decir? Estoy aquí en las entrañas de piedra, ahora lo sé, condenada a que nada nazca de mí. Virgen era, me trajeron no a la tierra, a las piedras, para

que de mí ni viva ni muerta nazca nada. Pero yo estoy aquí delirando, tengo voz, tengo voz...

Es abril, sigue siendo abril, el toro celeste marcha por el cielo y envía la lluvia. La tierra se esponja, hasta aquí huele a tierra mojada. Ahora no luce ya el Sol, y comienza a estar claro, tan claro.

Qué claridad sin brillo, mejor así, el Sol no deja ver, ahoga la claridad. Ahora es como si comenzara a ver, se está poniendo todo tan claro. Y ahora que se está poniendo claro, vete. Me tenderé aquí como si estuviese ya muerta para ver, a ver...

¿Hay una estrella aquí? Lo parecía, pero no. El Sol de la noche, ése que no me dejaba, ¿vuelve?

El que me desvelaba haciéndome esperar la llegada de alguien, de alguien, de él, haciéndome sentir, saber, al mismo tiempo, que no llegaría nunca.

Pero esta luz brilla, hay una vida aquí dentro, una vida más fuerte que la mía.

Un dios, ¿eres un dios? Te esperaba. Pero, ¿cómo te atreves? No tienes sangre, ya lo veo. Ni aun así, serás tú tampoco puro. Porque sangre, mírame, a mí me queda ya poca, siempre fui pálida. Y tú nunca la tuviste. ¿Eres por eso puro?

Pero mi historia es sangrienta. Toda, toda la historia está hecha con sangre, toda historia es de sangre, y las lágrimas no se ven. El llanto es como el agua, lava y no deja rastro. El tiempo, ¿qué importa? ¿No estoy yo aquí sin tiempo ya, y casi sin sangre, pero en virtud de una historia, enredada en una historia? Puede pasarse el tiempo, y la sangre no correr ya, pero si sangre hubo y corrió, sigue la historia deteniendo el tiempo, enredándolo, condenándolo. Condenándolo. Por eso no me muero, no me puedo morir hasta que no se me dé la razón de esta sangre y se vaya la historia, dejando vivir a la vida. Sólo viviendo se puede morir.

Edipo

Ah, ¿entonces eres un dios?, más pareces un hombre ¿eres un hombre? ¿Eres tú, tú, el hombre?

EDIPO: Antígona, Antígona, niña...

ANTÍGONA: Niña... ¿entonces eres mi padre? Creí que eras un dios.

EDIPO: No. No lo sé, soy Edipo.

ANTÍGONA: ¿Se te ha borrado ya que eres mi padre? Pero me ves, me ves, ¿sí? Ahora ya ves.

EDIPO: Sí, ahora ya veo. Y te veo a ti, aquí sola. Lo veo todo ahora y no sé nada. Veo y no sé. Empiezo a verme a mí mismo.

ANTÍGONA: Ah padre, si eres tú, te reconozco, siempre preocupado contigo mismo, viéndote a ti mismo solo, solamente. Tan solo que estuviste siempre, padre.

EDIPO: No; allá en Colonna y aun antes, en verdad desde que me quedé ciego y me cogiste de tu mano, no estuve solo. Tú me llevabas, y yo me dejaba conducir por ti. Entonces comencé a ver que no había hecho sino correr sin moverme del mismo sitio; que no me había movido ni un solo paso. Quise ascender, subir, trepar como la yedra. Una raíz que trepa, eso fui yo.

No me casé en verdad. Siempre me olvidaba de ella. Ella...

ANTÍGONA: Tengo también que escucharte esto, que me hables de ella, de ella. Ella, ¿no lo sabes? Era mi madre, y lo será siempre. ¿O es que me quieres dejar sola? Sola para que sólo sea tu hija. Porque eso sí. Siempre fue así. Me tratabas como si solamente fuera yo hija tuya. Sola, sí, me querías. Pero entonces sola de verdad, si yo me quedara sola de verdad, sería Antígona.

EDIPO: Pero es que ella...

ANTÍGONA: Sí; me hablabas siempre de ella, aunque no la nombraras. Ella, siempre ella. Pero ella no era mi ma-

dre. De mi madre, la mía, nunca me hablabas. Siempre era ella, la tuya. De ella me hablabas siempre.

EDIPO: Eres cruel, Antígona, desde niña lo fuiste.

ANTÍGONA: Así es como me reconoces mi existencia; cuando dices que soy cruel, entonces me llamas Antígona. Pero es que sale de mí la verdad una vez más sin culpa mía. Ella, la verdad, se me adelanta. Y yo me la encuentro de vuelta, cayendo sobre mí. La verdad cae siempre sobre mí.

EDIPO: Sí, hija, tienes que cargar con ella.

ANTÍGONA: ¿Con cuál, con cuál ella, con tu madre y la mía, con la verdad? La verdad para ti sigue siendo ella.

EDIPO: Con todas, Antígona, con las dos. Por eso estás aquí todavía. Ahora que ya veo, que únicamente contigo no me equivoqué.

ANTÍGONA: ¿Cómo puedes decir eso? Hija soy del error. A solas estoy aquí bajo el peso del cielo y sin tierra. ¿Hasta cuándo? No puedo vivir sin vida, ni puedo morir sin muerte. ¿Cómo me engendraste, dime, ya que has venido aquí? No sabes quién soy, no lo sabes. Y es el padre quien ha de decirnos quiénes somos. O quizá no, quizá sería el esposo, el esposo mío, quien me habría de decir quién soy. El que se queda solo, peor aún, sola, bajo el cielo y fuera de la tierra, como una sierpe, ésa, sí, tendría que tener un padre, un padre de verdad. O quizá un hermano, uno que le diera su nombre. Un hermano, y yo tengo dos...

EDIPO: Hija, no lo sé. Me haces desesperar de lo que nunca creí poder tener que desesperarme: de ti, mi única verdad, rosa a la luz más allá de la vergüenza. Eras tú mi cumplimiento, tú mi corona. Sin ti no tengo ni siquiera infierno.

Porque tú naciste, sí, de mi pensamiento.

Tú eres mi razón.

Mira, hija, yo era sólo una nube, una nube blanda, cálida, llevada por el viento. Y tuve que ser hombre.

ANTÍGONA: Un error.

EDIPO: Siempre un error. De yerro en yerro toda mi

vida fui, y también ahora en mi muerte. ¿Será todo errar en el hombre; ni una brizna de razón habra en mí? Hija, yo te veía crecer y, casi sin saberlo, te esperaba para que tú cumplieras mi promesa, porque tú eras, eres, sí, mi promesa. Y si...

ANTÍGONA: Si... ¿Cómo sabes? ¿Qué es lo que sabes?

EDIPO: Que eres tú, que tú eres mi palabra sin error. Tú el espejo donde un hombre puede mirarse, y no ella, aquella, la Quimera. Iba yo sin poder todavía andar, con estos pies blandos que nunca me sostuvieron. Sufría al andar con ellos sobre la tierra. Dura es la Tierra para el hombre recién nacido; de repente se encuentra enredado en su raíz, despedido de la madre Tierra.

Tierra, Madre, ¿qué haces conmigo, con el hombre? Lo dejas salir, al aire habría de ser; pero no, lo retienes al mismo tiempo que lo expulsas, tú, su cueva, donde vivía sin ver envuelto en tus entrañas, sus raíces, en la oscuridad del paraíso primero, tu niebla.

Un hombre, un hombre tuve que ser. Y yo era como un sueño. Yo era apenas el despertar de una luciérnaga, el parpadear de una llama, un poco de aliento, un palpitar de un corazón pálido. Yo no era casi nada. Era casi, era apenas, y tuve que ser eso: un hombre. Así era, y tú me hablas de la verdad, me dices la verdad. No ves que no había nacido y me obligaron a ser. Acompáñame, Antígona, hija, no me dejes todavía. Condúceme, asísteme aunque ahora vea, no puedo quedarme solo.

ANTÍGONA: Ahora veo yo un poco también.

EDIPO: Así fue, y tuve que seguir como una nube de esas que se quedan olvidadas después de una tormenta, cuando ya brilla el Sol, al que ofenden como una objeción a su victoria. Y no, no era eso. Era yo el olvidado, el dejado ahí sin acabar de ser, y sin ver apenas nada. Estaba yo hecho de olvido. Un hombre o un dios acaso. No sé. No me acuerdo...

ANTÍGONA: No te acuerdas siquiera de si ibas a ser sólo un hombre, o si un dios te dejó ahí, como su sombra.

EDIPO: No, ni siquiera ahora sé quién soy, quién iba a ser, si un hombre o un dios. Mi padre me abandonó. Y fue el pastor quien se compadeció de mí y cambió mi suerte, mi condena a muerte en condena a vivir abandonado. Y yo iba, como una nube suelta, olvidado de mi padre. Y así, dejado, ¿qué iba yo a hacer? Si hubiera sabido, no habría hecho nada, lo que se dice nada, antes de volver a mi casa, a encontrarme con mi padre. Eso, ahora, tan tarde ya, es cuando lo sé.

Porque no hay que hacer nada sin haber vuelto a la casa del padre.

ANTÍGONA: Pero yo, padre, yo que nunca me fui de tu casa...

EDIPO: Saliste de la casa, acompañándome como un cordero, y me alegrabas en mi destierro, desterrada ya tan niña, y sin culpa alguna tú.

ANTÍGONA: Y ahora me han dado tierra, aunque estoy enterrada. Esto es...

EDIPO: Oh, Antígona, tengo yo que decirte dónde estás, cuando es tan claro; todo esto es tan claro. Estás en el lugar donde se nace del todo. Todos venimos a ti, por eso. Ayúdame, hija, Antígona, no me dejes en el olvido errando. Ayúdame ahora que ya voy sabiendo, ayúdame, hija, a nacer.

ANTÍGONA: ¿Cómo voy a poder yo? ¿Cómo voy a poder hacerlos nacer a todos? Pero sí, yo, yo sí estoy dispuesta. Por mí, sí; por mí, sí. A través de mí.

Ana, la nodriza

ANTÍGONA: Ahora me he quedado yo sin ver, es como si nunca hubiera visto nada. No hay luz fuera de mí, ni dentro, ni más allá.

¿Eres tú, muerte? ¿Eres eso, ésa?

ANA: Niña, mi Niña, ya ves cómo vengo y te traigo un poquito de agua en tu cantarillo. Y una ramita de albahaca.

ANTÍGONA: Ana, ¿de dónde vienes?, dime, dímelo de dónde vienes. Te perdí de vista entonces. Desde aquello, ya no te vi más. Y nadie me dijo de ti nada, y yo no sabía si...

ANA: Yo, Niña, tú sabes, soy una de esas personas de las que nadie sabe nada, de las que nadie puede saber ni dar ninguna noticia. Yo nunca fui a ninguna parte: ni salí, ni entré, y pocos fueron los que me vieron. Ni siquiera cuando me tenían delante de los ojos me veían. Aun de mocita era así, no sé si por mi culpa. Como yo estaba cierta de que no me veían, ¿a qué me iba a hacer presente? Cuando hablaba o canturreaba un poco me escuchaban, entonces sí. Me escuchaban y hasta se hacía corrillo cuando cantaba un poco más alto y seguido, sin darme cuenta, y cuando hablaba más largo. Yo decía lo que tenía que decir sin detenerme más que lo preciso. Mira, no te preocupes por mí, si estoy viva o muerta. Estuve siempre junto a ti, sin que tú me vieras y sin poder nada, viéndote sin descanso. Viéndote a ti sin descansar nunca tú, porque yo no tengo de qué descansar ni dónde tampoco, ni podré hacerlo mientras tú, Niña, no descanses de todas tus fatigas. Que no vas a descansar tan pronto. Porque a ti te espera otra cosa, otra cosa mejor que el descanso.

ANTÍGONA: ¿Qué me dices, Ana? Tú, que siempre me distraías. Oyéndote se me iban las horas, se me iba el sueño, cuando tú lo que querías era adormirme. Pero el sueño se iba de mí y yo me quedaba como un caballito del diablo sobre una hoja o debajo de la hoja, verde como ella y sin peso, cerca del agua al borde de la acequia o del cántaro.

ANA: Sí, Niña, así estabas siempre pegada al agua y luego con el cantarillo, siempre a vueltas con el agua como si fueras del agua y no de la tierra; del agua, del aire. Y luego te volvías callada y apenas se te veía; desaparecías

como si te metieras por una rendijilla entre las piedras, aquellas tan blancas, tan lavaditas, cómo te gustaba. Se veía que tú, por delgada que fueses, no podías escurrirte entre aquellas piedras, pero sucedía así. Y por la arena blanca también te escurrías y luego se te volvía a ver, y venías oscura, negruzca, gris, yo qué sé. Yo no sé nada. Pero te veía, te he ido viendo siempre sin descanso. Te metías entre los juncos de la acequia, te encaramabas al borde del cantarillo...

ANTIGONA: Ana, Ana, eres la de siempre.

ANA: Pues claro está que soy siempre, siempre igual. Porque nunca fui nadie, nada.

ANTIGONA: Ana, tú eres el único ser que he conocido, iba a decir: la única diosa.

ANA: ¿Cómo se te ocurre? Eres tú, que siempre te vi así, a vueltas con los dioses, por eso te ibas al agua, te querías ir de aquí de donde estamos todos los mortales. Y por ese pensamiento no has podido nunca descansar. Ese pensamiento te ha hecho penar más que todo lo que te pasaba, que lo que te pasa.

ANTIGONA: Pero a mí, entonces, ¿qué me pasaba?

ANA: Entonces, entonces nada. Eres así tú también, somos las dos de esa gente a la que nunca les pasa nada, nada más que lo que les está pasando a los demás, libres como el agua, encadenados por el amor y por la pena de verlos sufrir y equivocarse día tras día. Y eso es todo lo que nos ha pasado a las dos: estar viendo, lo que se dice viendo sin poder remediarlo, lo que está pasando, lo que va a pasar; lo que les está pasando ya sin que ellos lo sepan, ni quieran.

ANTIGONA: Pero yo no sabía nada de lo que les pasaba a ellos. Yo sentía sólo aquel peso, esta oscuridad, este encierro ya desde entonces. Eras tú quien lo sabía todo por mí, y por eso no me dejabas ni un instante.

ANA: Nunca pude nada por ti, ni siquiera ahora que te he podido traer tan sólo ese cántaro con un poco de agua a la que ya no te asomas, ni la bebes.

ANTIGONA: Esa agua, de la fuente que viene, ya no es para mí. Ana mía.

ANA: ¿Y tú que sabes de qué fuente viene esta agua; de qué fuente viene el agua? Te lo decía, te lo decía yo: Niña no quieras saber, bebe. Bebe ahora. Duérmete ahora. Yo pude llegar hasta ti y ahora tengo ya que irme.

ANTIGONA: Y, como siempre, sin responderme a lo que te pregunto, sin contarme el cuento; el cuento que nunca me acabaste de contar del todo. Era así como ahora, empezabas y a mí se me iba el sueño, la sed y a ti se te iba el cuento.

ANA: Y luego tu hermana te decía: «Cuéntame el cuento de Ana, que a mí ella no me cuenta nada». Y era al revés. Porque yo a tu hermana sí que le contaba cuentos y hasta le cantaba. Era ella la que luego no se acordaba, mientras que tú tenías que acordarte de lo que no te decía, de lo que no te contaba. Y yo bien sabía la historia, la historia que te esperaba a ti, a ti solita, Niña. ¿Cómo te la iba yo a contar?

ANTIGONA: Pero no, Ana, la historia no me esperaba a mí sola. También la aguardaba a ella, a mi hermana.

ANA: La historia, niña Antígona, te esperaba a ti, a ti. Por eso estás aquí, tan sola. Por la historia.

ANTIGONA: La historia; ¿cuál?, ¿la de mis padres, la de mis hermanos, la de la Guerra o por la de un principio?

Dime, Ana, dímelo, respóndeme, ¿me has oído? ¿Por qué historias estoy aquí: por la de mis padres entre ellos, por la historia del Reino, por la guerra entre mis hermanos? O por la historia del Mundo, la Guerra del Mundo, por los dioses, por Dios...

Dime, Ana, respóndeme, me oyes acaso... Ahora se me presenta esta pregunta, nunca se me había presentado, parecía que todo, tan monstruoso, fuese tan natural. Y ahora necesito saber el porqué de tanta monstruosa historia. Contigo me olvidé de estar aquí, y me limpié de todo. Ana, sin tocar tu agua, tú me has lavado. Estoy limpia, limpia. Tú me has lavado. Y ahora necesito lavar.

ANA: Limpia siempre lo fuiste.

ANTÍGONA: Lo fui, limpia, ya lo sé, pero no estaba limpia. Todos los que me rodeaban, mi hermana, ella, no, estaban tan manchados o se fueron manchando, de sombra mis padres, de sangre mis hermanos, que yo no podía estar limpia. Y ahora... Y no me respondes. No me respondes, Ana. Tú, sólo tú, podrías hacerlo. Me hace falta saber. Habiendo hecho lo que hice, viendo todo lo que vi y todo lo que veo...

ANA: Eso es, que cuando se ve tanto no se puede saber.

ANTÍGONA: Me dejas sola con mi memoria, como la araña. A ella le sirve para hacer su tela. Esta tumba es mi telar. No saldré de ella, no se me abrirá hasta que yo acabe, hasta que yo haya acabado mi tela.

ANA: ¿te fuiste, te fuiste ya? Ah, sí; me dijiste, o como si me lo hubieras dicho, que me esperabas junto a la fuente.

La sombra de la madre

Ay, eres tú, Madre, vuelves. Vuelves aquí también.

No has encontrado reposo.

Olvida. Si pudieras volver a ser niña, muchacha sin casamiento, sin saber de novio. Vuelve a ser niña, doncella, y no te cases. No, a eso no vuelvas, ni a tener hijos.

Ah, sí, ya veo. Ansías que yo sea tu hija, solamente y del todo. Pues que, tal como ha sido, es como si fuese tu hija a medias y doblemente a la vez; hija dos veces y sin padre. Era así, aunque aun tú no lo supieras, como si fuéramos tus hijos inacabablemente y como si nuestro padre estuviese siempre yéndose de su sitio, del lugar del Padre. Lo mirábamos, nos empujabas tú a mirarlo como a un hermano, un hermano que llegó no se sabe cómo.

Nos hacías sentir que nuestro Padre era un hombre que había llegado un día, que se te había presentado: que no era nuestro Padre desde siempre, desde un principio, como ha de ser el Padre. No le conducías a su puesto, al trono del Padre, mientras que lo izabas al trono del Rey. Y así nunca conocimos la cólera del Padre ni esa densa ternura que la envuelve y embebe. No le dejabas, rey como era, ceñirse la corona propia del Padre, cuando la justicia recorre la casa y se pasea por todos los rincones y escondrijos; cuando en la casa no hay nada escondido, sólo el misterio de la cámara nupcial, donde los padres penetran silenciosamente como el sacerdote que porta la espiga de Eleusis. Y los niños no nos preguntábamos, qué es lo que pasa allí dentro. Es el viaje misterioso de los Padres, los vemos partir más allá de todo, hacia más allá de los confines de la vida, sabiendo que volverán, que volverán con nosotros siempre y que nos traerán algo precioso, que nosotros no tendríamos si ellos no se fueran tan lejos.

Has venido, sí, yo sé, porque tienes esa costumbre y porque lo necesitas. Eras así. Mira, una Madre, porque tú ya eres para siempre una Madre, tenías que haberte refugiado cuando supiste ya sin velos, en esa tu majestad, majestad de Madre, aun con su mancha. Y ¿es que hay alguna Madre pura del todo, alguna mujer pura del todo que sea madre? Tú sabes que no. Esa pureza de la Madre es el sueño del hijo. Y el hijo, a fuerza de amar su oscuro misterio, la lava. Y ella se va purificando con tierra, pues que de la tierra es y a ella se parece. Y la Tierra es negra y tiene en sus adentros, en sus entrañas, luz. Tiene entrañas de luz la Tierra. Y en la Madre de vida, de vida nuestra, por negra que sea la mancha que haya caído sobre ella, por caída que ella misma esté, cuando ya no puede hundirse más abajo, como tú, que tocaste el fondo de la negrura y del peso, entonces se quiebra y deja ver y da, da algo a la luz. No es como decía antes; no tiene la Madre entrañas de luz, aunque algún día de algún modo alguna haya de tenerlas. Hasta ahora todas han sido por dentro oscuras

también, como tú. Pero dan algo, algo vivo a la luz. Dan vida a la luz. Eso. Y eso tú, madre nuestra, lo hiciste.

Vete ahora tranquila. Húndete en la tierra, ya que te la dieron, vete al encuentro de las Madres que te esperan, que te acogerán, que lavarán en la inmensidad de su Manto tu mancha y tu infortunio.

Ellas, las Madres, te recibirán.

Y Ella, la Madre-fuerza; la de los Dioses, te abrirá su firmamento, ese abismo. Y el Mar y los Infiernos de la maternidad no tendrán secretos para ti, porque en ellos encontrarás al fin tu secreto desplegado, la razón sin nombre de la Vida.

Pues que todas las cavidades de la Tierra, del Cielo y de los Mares, aun sin nombre, donde están los seres sin nacer y los muertos, reposan en el seno de la Grande Madre. Su regazo abraza todo lo que ha nacido, bien o mal, por eso. Sólo porque nació. Y luego, sí, así lo creo, luego lo dejará nacer otra vez. Se los entregará a la luz. Mas antes, tenemos que volver a Ella, otra vez. Allá abajo en la Tierra.

Vete, Madre, a tu Reino, criatura, hija también tú. Ahora que ya te he llamado Madre y también hija, sabiéndolo todo.

Si al saberlo todo tú nos hubieses llamado hijos, hijos míos, no se te habría enredado a tu cuello el cordón resbaladizo de la muerte. Porque no fuiste tú, tú no fuiste; fue ella, la serpiente la que se te enroscó. Ahora ya no está a tu lado. Te librarás del todo yéndote para no volver por estas tierras de dolor ya estériles para ti, para todos nosotros; tierras de sal.

Vete, Madre, hija tú también nacida de la Madre inmensa, negra como tú.

Ay, Madre, inmensa sombra...

Ay, Luz, señora nuestra. ¿Irás a ser algún día tú, nuestra Madre? Postrada estoy aquí entre las dos, sola entre la Vida y la Muerte, postrada ante ti, Sombra, y ante ti, Luz.

¿Cuándo?, decidme, dime tú, Luz, ¿cuándo seréis las dos una sola?

La sombra de mi Madre entró dentro de mí, y yo doncella he sentido el peso de ser madre. Tendré que ir de sombra en sombra, recorriéndolas todas hasta llegar a ti, Luz entera.

Y ahora, ahora no sé qué me aguarda. Purificada por la sombra de mi Madre, atravesada en mí, sigo estando aquí todavía.

La harpía

HARPIA: No me miras tan siquiera, niña. Y nos hemos visto una vez, por lo menos. Yo, sí, te he visto a ti. Tú a mí, no me miraste siquiera.

ANTIGONA: Mirarte... no eres cosa de mirar, tú.

HARPIA: ¿Tanto te repugno?

ANTIGONA: Eres de las que buscan ser oídas, de las que se deslizan por los laberintos, cuchicheando.

HARPIA: Pero si tú me hubieras oído en tu laberinto. Ahora que estás encerrada en él, óyeme, aunque no me veas. Nadie me quiere ver. Pero me sueñan. En eso soy como la belleza, que es lo que cuenta. Me sueñan como a ti. ¿Eres tú el sueño de alguien? ¿No te has pasado la vida soñando, soñando a alguien sin reconocerlo? Y ahora, aquí, ¿sabes si contigo sueña alguien?

ANTIGONA: Quieres decirme que nadie me ama, ni me teme. En cambio a ti...

HARPIA: A mí, me temen. A ti, alguien te ama. Es lo mismo.

ANTIGONA: No, es todo lo contrario. La Ley del Amor es muy distinta de la Ley del Terror y ni siquiera se puede decir que sean todo lo contrario.

HARPIA: Hablas en vez de oírme. Y si me hubieras oído cuando eras joven, cuando estabas viva.

Las muchachas no me quieren ver. Por eso me acerco tanto, pegándome a sus oídos o hablándoles desde un rincón descuidado de su alma, pues que hay tan pocas que mantengan aseados todos los rincones.

ANTIGONA: Como una araña. Ah vieja, ya te conozco.

HARPIA: Porque al fin eres prudente, como una araña tú también.

ANTIGONA: Eres el primer ser, la primera voz que me lo dice. Prudente yo, yo prudente, como una araña. ¿Y mi hilo? ¿Y la tela? ¿Yo, tejedora?

HARPIA: Sí. Tú, tejedora, yendo y viniendo de una tierra a otra tierra. Yendo y viniendo de los vivos a los muertos. De esa Ley de Amor, que tú sola conoces, a la del Terror que todos, miralo, sábelo, acatan. Y ahora ¿qué tienes ya por tejer?

ANTIGONA: Ahora, ahora sólo tengo que morirme.

HARPIA: Pero no puedes. Me has llamado vieja, dándome mi nombre y no como insulto según hacen otras que se exasperan, cuando al fin me miran y se ven en mí como en un espejo. Me acerco a las muchachas cuando todavía es tiempo, no soy tan mala yo, cuando están en flor para que me oigan y, más aún, para que me sientan y me entiendan. Voy a prevenirlas.

ANTIGONA: Pero yo, amiga, no tendré vejez. Creo que no tuve nunca ese fantasma. Soy ahora lo que fui siempre; una muchacha sin futuro. Y ¿podrías tú decirme si estoy todavía en la vida, o dónde estoy, ya que no puedo morir?

HARPIA: Pues, eso, es que nadie lo sabe. Te viniste aquí, fuiste tú la que inventaste esa historia, esa condena...

ANTIGONA: Cómo te equivocas, vieja harpía. Nunca he inventado nada yo. Todo me lo fueron dando, me lo dieron ya desde el principio. No he venido aquí, ni fui por los caminos, peregrina, de tierra en tierra, inventando historias. Fui con mi Padre, con él, por él. Por él y por sus hijos, mis hermanos. Óyelo bien, desde el principio.

HARPIA: Y si tan segura estás de ese principio, como tú lo llamas —porque tienes tú, tu lenguaje—. Si es que no te viniste aquí, no hiciste nada para que no te trajeran, tan fácil que te hubiera sido: una palabra tuya, una sola a tu Juez, y ya estaba. O haberte callado, y haberte puesto a llorar, según es uso de mujeres. Él estaba deseando, porque al fin eres su sobrina, y la novia de su hijo, y una muchacha, ¿sabes? Y los hombres son hombres siempre.

ANTIGONA: Los hombres... Yo de eso sí que no sé nada, los hombres frente a una niña, quieres decir.

HARPIA: Sí; frente a una niña y frente a una mujer también, si es joven.

ANTIGONA: No había nada que hacer, ni yo tenía que hacer nada. El Juez tenía que condenarme pues que su Ley es ésa, condenar. Y yo lo sabía cuando hice lo que hice.

HARPIA: ¿Por qué lo hiciste, entonces, si lo sabías?

ANTIGONA: Ya lo dije. Porque hay otra Ley, la Ley que está por encima de los hombres y de la niña que llora, como yo cuando lloré.

HARPIA: Lloraste tarde, tenías que haber llorado antes.

ANTIGONA: No, tú lo ves todo al revés; todo lo tuerces, tú. Lloré cuando me acordé de mí, cuando me vi, cuando me sentí.

HARPIA: Y ¿cómo no te sentiste antes? Mira, yo lo sé todo, os conozco a las muchachas. Sé que os da miedo la boda, miedo el hombre, así, sin nada por en medio. Sí, no tienes que recordármelo. Yo te oí cuando te lamentabas. Pero a mí no me engañas tú, ni ninguna otra.

Si tú hubieras querido boda, la tuya, tu boda, no habrías hecho aquello, librándote así de esa historia. Si le hubieses amado, a él, a tu novio. Ibas a su lado con el pensamiento en vuelo. O ¿era él quien no supo? Era tan pálido.

ANTIGONA: Cállate, vete, déjame.

HARPIA: Uy, uy. He puesto el dedo en la llaga. No me quieres oír. Porque tú eres como yo, de las que hablan, de

las que son —como me decías— no para ver, sino para oír. Tu belleza pasaba desapercibida mientras no hablabas. Esa inteligencia que por castigo pusieron en tu cabecita, tan redonda, tan cerrada que tienes, ese talento para una muchacha es un castigo. Eso ha sido tu condena. Si en lugar de darte a pensar, si en lugar de ponerte a pensar...

ANTÍGONA: No, no, vieja, amiga, araña, lo que seas, yo no me he dado a pensar.

HARPIA: No, te diste a ver. El pensar te lo dieron.

ANTÍGONA: En eso dices algo cierto. Mas no me di a ver, a que me vieran. Y si me di a hablar es porque me encontré en ello, teniendo que hacerlo. Pero darme, lo que se dice darme, no me he dado a nadie, a nada.

HARPIA: Esto te digo, que no quisiste darte a nadie y por eso bajaste aquí sin esposo. Y él, ¿no lo sabe?

ANTÍGONA: Él, él estuvo lejos de donde yo estaba en mi hora.

HARPIA: Ah, no sabes. Él vino tras de ti, te siguió hasta la misma puerta; no le dejaron franquearla y se lo llevaron muerto. El mismo se dio la muerte para ir a encontrarte en ella. Y mientras, tú, aquí, viva. Los dos aquí tan cerca, sólo esa puerta os separa. Igual que allá arriba, siempre una puerta de por medio. Dime ahora, si te atreves, que no es verdad, tú que te has pasado la vida con ella a vueltas, con la verdad, sin amor.

Y ahora estás aquí abandonada del amor. Y es justo, tú, la de la justicia.

Porque no fue tu vida lo que diste por la verdad y por la justicia; diste tu amor. Y el suyo, el de ese hombre, ese muchacho, pálido porque hiciste de él tu sombra; te seguía como una sombra sin encontrarte nunca; siempre estabas en otra parte. Y ahora él te busca entre los muertos y estás aquí todavía, viva. Sí, estás todavía viva.

ANTÍGONA: Vete, razonadora. Eres Ella, la Diosa de las Razones disfrazada. La araña del cerebro. Tejedora de razones, vete con ellas. Vete, que la verdad, la verdad de verdad viva, tú no la sabrás, nunca. El amor no puede

abandonarme porque él me movió siempre, y sin que yo lo buscara. Vino él a mí y me condujo.

HARPIA: No, te movió la piedad. Son dos cosas.

ANTÍGONA: Dos cosas, eso es lo que tú querías, te llamo ahora por tu nombre, enredadora, razonante Harpía. Vete, que en mí no puedes entrar.

HARPIA: Sí. Ahí te dejo con tu vida y tu verdad.

ANTÍGONA: Sí, sí, sí. Yo creo. Seguiré viva entre los muertos hasta que el Amor y la Piedad, uno sólo, lo quiera.

Los hermanos

ANTÍGONA: La verdad, la verdad a solas. Todavía.

ETÉOCLES: La verdad, dices, Antígona, mientras ¿qué? ¿Cómo íbamos a saberla entonces? Si nos deteníamos a buscarla, entonces, ¿quién iba a gobernar, a poner orden, a vivir? Y teníamos que vivir. Si nos paramos a mirar las cosas como son, entonces se nos van de la mano.

POLINICES: Tal pienso, tal pensaba yo también: que las cosas se nos iban de las manos.

ANTÍGONA: Se os fueron de las manos.

ETÉOCLES Y POLINICES: ¿Qué íbamos a hacer? Se nos iba la vida; nos iba la vida.

ANTÍGONA: ¿Y ahora? ¿En qué vida estáis? Si queríais de verdad vivir, había que dejarle un instante, aunque fuera uno solo, a la verdad, a la verdad de la vida. Un poco de tiempo.

ETÉOCLES Y POLINICES: La vida no deja ese tiempo. Teníamos...

ANTÍGONA: Sí, teníais que morir y que mataros. Los mortales tienen que matar, creen que no son hombres si no matan. Los inician así, primero con los animales y con el tiempo y con ese grano de pureza que llevan dentro. Y en

seguida con otros hombres. Siempre hay enemigos, patrias, pretextos.

Creen que matando van a ser los Señores de la Muerte. El Rey no lo es si no ha matado, si no mata, si no sigue matando. Y luego el Juez que no mata... pero él no, manda matar porque él está ya en el reino de la razón pura, la ley.

Y no basta. Hay que matarse por el poder, por el amor. Hay que matarse entre hermanos por amor, por el bien de todos. Por todo. Hay que matar, matarse en uno mismo y en otro. Suicidarse en otro y en sí con la esperanza de ser perdonado por tanto crimen, por tanta muerte expandida.

El Señor de la Muerte tiene que matarse al fin, si algo tiene dentro vivo en la esperanza del perdón.

Para eso hay tiempo, todo el que haga falta. Para vivir no hay tiempo.

POLINICES: Hermana, hermana mía, mi única hermana, ¿por qué nos dejaste? ¿Por qué no nos destruiste a tiempo?, tú que sabías, tú que veías, tú, hija del Tiempo, hermana desde antes, desde siempre hermana, hermana...

Creo lo que dices, todo, creo en ti, en ti. Entenderte, no sé, no; aquí, en el corazón, sí te entiendo, pero no veo. Tus palabras, tu presencia, tu voz me deslumbran.

ETÉOCLES: ¿Crees que ella es solamente tuya y mía no?, yo que he venido aquí a buscarla, como tú, y me la quieres arrebatar como hiciste siempre. Ella, tu hermana, la tuya única hermana.

ANTÍGONA: ¿No podéis querer alguna cosa sin dividirla queriéndosla llevar toda, sin dejarle nada al otro?

ETÉOCLES: Es él, él.

POLINICES: Eres tú, hiciste siempre lo mismo. Y por eso nunca pude entenderme contigo, cuando tanto lo quería.

ANTÍGONA: Y yo, sí, soy hermana vuestra, de los dos como he probado.

ETÉOCLES: No, Antígona, eso no. Que tú estás aquí bajo tierra consumiéndote como hermana suya. Como hermana mía irías cubierta de gloria en el carro de mi victoria.

ANTÍGONA: ¿Cuál victoria? No puede ser llamada con ese nombre la destrucción de la Patria, su caída. Ya no existe Tebas, ¿lo sabes? Tebas es sólo la tierra suya, propiedad de él, el que os venció a los dos y a todos, sin ser por ello victorioso.

Sí, yo sé que todas las victorias se alzan sobre el llanto, y que la sangre, por mucho que sea su caudal, no ablanda los corazones de los vencedores. Vencedores solamente, pues que tan pocos son los victoriosos en las historias que nos cuentan.

La Victoria tiene alas, según la vemos. No han de ser hijos suyos quienes se las quitan, y la asientan sobre los cráneos de los muertos y sobre las cabezas de los vivos, y le ofrecen como exvoto un corazón de piedra, mientras el corazón de carne, ése que palpita como una mariposa, pierde sus alas. Y su voz y su palabra.

Todo se vuelve pesado bajo los vencedores, todo se convierte en culpa, en losa de sepulcro. Todos vienen a ser sepultados vivos, los que han seguido vivos, los que no se han vuelto, tal como ellos decretan, de piedra.

POLINICES: Pero nosotros teníamos que ganar.

ANTÍGONA: ¿Por qué no hicisteis, sin tan justa era, de vuestra ganancia una gloria?

Y de haber sido así, si la gloria resplandeciera sobre la ciudad, aunque yo estuviese aquí, sería diferente. Yo estaría aquí caída al pie de mis hermanos más altos que yo, erguidos sobre su muerte.

Como aquella violeta que se me cayó de las manos una tarde que cogía flores; la violeta se escurrió nada más cortarla y se quedó tendida al pie de sus hermanas. La dejé allí, y me la quedé mirando, sintiendo, comprendiendo, pues que es en esas cosas en las que yo he estudiado. Y me supe yo así, pero no dejan, mis hermanos sin gloria, caídos al pie de nada. Y más infortunados que yo errantes, sin centro adonde encaminarse.

Oh, Muerte no vengas todavía, hasta que no se pacifi-

quen, hasta que yo sepa dónde llevarlos, si es que no vamos al mismo sitio.

Sí, yo soy vuestra hermana. Pero vosotros dos ¿sois hermanos míos?

¿Sois hermanos de alguien? ¿Le habéis permitido a la hermandad que inunde vuestro pecho deshaciendo el rencor, lavando la muerte, esa que ahora tenéis, y que cuando llegue la otra, venga limpia, de acuerdo con la ley de los Dioses?

ETÉOCLES Y POLINICES: Es que, Antígona, todo viene de nuestro Padre. Nuestro Padre...

ETÉOCLES: Él nos maldijo. Acuérdate.

POLINICES: Malditos del Padre. Cuando no hacía falta, lo estábamos ya de nacimiento.

ETÉOCLES: Y por eso, todo lo que nos ha pasado ha sido a causa de nuestro Padre, de él y nada más que de él.

ANTÍGONA: En eso no os equivocáis, pues que sin padre no hubiésemos nacido.

ETÉOCLES: Mas pudo ser él de otra manera; no haberse equivocado tanto, no haber caído tanto, no haber sido tan ciego.

ANTÍGONA: Y si no se equivoca, si no se ciega, no seríamos hijos de su madre. No seríamos. Queréis el poder, el trono que os venía de él, de ella, ése sí lo quisisteis; el poder sí, mientras que del ser renegáis.

POLINICES: El ser estaba maldito.

ANTÍGONA: ¿Y el poder no lo estaba, no lo está?

ETÉOCLES: El poder es siempre necesario, debe de haberlo. Y este poder era mío, me correspondía de hecho y de derecho.

POLINICES: ¿Tuyo sólo? ¿Y yo? ¿Ves, Antígona, lo ves? Me desposeyó desde el principio. El poder era todo para él.

ETÉOCLES: Tú siempre mirabas hacia afuera, por encima de las fronteras de la patria. Los muros de la casa te oprimían.

Criticabas, juzgabas los actos de nuestro padre, el Rey. Tenías pensamientos encerrados en tu frente; pensabas.

Se te veía. Tenías ideas. Ideas que nacían y crecían dentro de tu pecho. Andabas siempre pensando. No lo niegues. Mientras que yo no. Yo no pensaba. Yo era el orden, el de nuestro padre, el de su trono. Yo era la Patria. Yo, la Patria...

POLINICES: Tú eras la Patria. Pero ¿la Patria no estaba devastada? ¿No había peste en la ciudad, no se hacían invocaciones a los Dioses inútilmente? Todo era vano, las ofrendas, los sacrificios y el agua que había de purificarnos estaba maldita también. Maldito el aire, la tierra, el fuego, los Dioses.

ETÉOCLES: No te permitiré...

ANTÍGONA: No. Ahora ya no. Ahora a él, como a ti, como a mí, nada nos está permitido. Ya nada tenemos que hacer que no sea mirar, mirarnos, mirarlo todo. Yo no me acuerdo de nada, no me hace falta, porque todo, lo que se dice todo, aquello que viví y lo que pude vivir también, todas mis vidas, están presentes ante mis ojos.

ETÉOCLES Y POLINICES: Pero hay que hacer algo. Tenemos que hacer algo para salir de aquí.

POLINICES: Salir, salir de aquí. Pero yo vine para entrar y quedarme aquí hasta llevármela a ella, a la hermana mía. Sin ella no puedo irme. Vine para llevármela conmigo. Cállate, Etéocles, que tú no sabes de eso. Vine para llevármela de esta tierra maldita y por eso peleé, y ahora, muerto, es así con mayor fuerza de razón.

Vengo a buscarte, vine a buscarte, Antígona hermana, para irnos a una tierra nueva, libre de maldición; a una tierra fragante como tú, para empezar la vida de nuevo. Ojalá nos hubiésemos ido los dos cuando éramos todavía niños, cuando no había pasado todavía nada. Antes de que hubiera caído sobre nosotros la ceguera de nuestro padre, la locura de nuestra madre. Ella ¿desde cuándo se había vuelto loca? Y él, ya antes de cegarse estaba sordo. Era así. El padre sordo, la madre enloquecida hablando sola por las galerías, por los patios, por los rincones, delirando. Aparecía por todas las puertas, en ningún lugar, a ninguna

hora del día o de la noche estábamos seguros de no verla aparecer, llena de cólera por nada, o desfalleciente pidiendo auxilio sin dirigirse siquiera a uno. Pedía auxilio como si nadie hubiera, como si estuviese sola, aunque bien sabía que uno, yo, el más perseguido por ella, estaba allí. Y hasta allí había llegado buscándome. Pero no se dirigía a mí. Pregonaba sus quejas como los oradores del pueblo en la plaza pública. Hacía de todo pública protesta. Y protestaba sin haber sacrificado a los Dioses del cielo, y sin haber invocado siquiera a los Dioses de la sangre. Pero yo no recuerdo que en nuestra casa, en el palacio del Rey, sacrificase nadie a los Dioses, hasta que llegó la peste.

ANTÍGONA: No se podía ya sacrificar. Los Dioses no se satisfacen con sacrificios, en algunas ocasiones. Los sacrificios no bastan a la hora de la verdad, cuando ha de lucir la verdad.

ETÉOCLES Y POLINICES: La verdad...

POLINICES: La verdad no es una Diosa.

ANTÍGONA: La verdad es a la que nos arrojan los dioses cuando nos abandonan. Es el don de su abandono. Una luz que está por encima y más allá y que al caer sobre nosotros, los mortales, nos hiere. Y nos marca para siempre. Aquellos sobre quienes cae la verdad, son como un cordero con el sello de su amo.

ETÉOCLES: Oh, Antígona, siempre con esos discursos. Mejor habría sido que, como en otros tiempos, se hubieran contentado los Dioses con el sacrificio y que todo hubiera permanecido oculto. Mejor habría sido sacrificar a media ciudad con todos sus habitantes. Yo mismo lo hubiese hecho; sí, yo mismo: para que todo siguiera en orden y que la verdad no se diera a conocer.

Y yo digo que nuestro padre fue débil, que faltó, pues que de haber ofrecido el sacrificio que digo yo, todo estaría como estaba, en orden y sin verdad.

POLINICES: ¿Ves ahora, hermana, cómo la única salida era, es, la mía? ¿Por qué no nos fuimos nosotros dos? A éste le dejábamos con el poder, con el que tú y yo no te-

nemos que ver nada. Ya que el orden que él dice, con el orden de verdad no tiene que ver nada. Se trata solamente de que no salten ciertas verdades. Y a ella, a Ismene, le habría quedado el amor, el amor de mujer. Y tú y yo hermana y hermanos del todo y para siempre.

ANTÍGONA: Polinices, hermano, fuiste tú el que se fue, me dejaste sola, sola, sí.

POLINICES: Porque tú no querías dejarlos solos. Te respeté. Como él, tu novio; tampoco él te llevó consigo. No te casaste...

ANTÍGONA: Sí, yo tenía que quedarme.

ETÉOCLES: Ella tenía que quedarse para saber. Era todo lo que quería: saber.

ANTÍGONA: ¿A qué llamas tú saber? Dices saber como si fuera posible no saber. Yo no elegí, sabedlo: no elegí.

Dices «saber» como si no costara nada. Ese saber que no busqué se paga. Cada gota de esa luz, de ésta que venís a beber ahora ya muertos, cuesta sangre. A mí también me la llevaron, la sangre. Mi sangre fue, todavía más que la vuestra, sacrificada: a ese poco de saber, a esa brizna de luz.

POLINICES: Antígona, yo no te he dicho nada de eso. Siempre le contestas a él. A mí no me has contestado. Yo quería, quise sacarte de allí para irnos a otra tierra: a una tierra virgen y fundar la ciudad nueva, los dos.

No me respondes, hermana. He venido ahora a buscarte. Ahora, no tardarás ya mucho en salir de aquí. Porque aquí no puedes quedarte. Esto no es tu casa, es sólo la tumba donde te han arrojado viva. Y viva no puedes seguir aquí; vendrás ya libre, mírame, mírame, a esta vida en la que yo estoy. Y ahora, sí, en una tierra nunca vista por nadie, fundaremos la ciudad de los hermanos, la ciudad nueva, donde no habrá ni hijos ni padre. Y los hermanos vendrán a reunirse con nosotros. Nos olvidaremos allí de esta tierra donde siempre hay alguien que manda desde antes, sin saber. Allí acabaremos de nacer, nos dejarán nacer del todo. Yo siempre supe de esa tierra. No la soñé,

estuve en ella, moraba en ella contigo, cuando se creía ése que yo estaba pensando.

En ella no hay sacrificio, y el amor, hermana, no está cercado por la muerte.

Allí el amor no hay que hacerlo, porque se vive en él. No hay más que amor.

Nadie nace allí, es verdad, como aquí de este modo. Allí van los ya nacidos, los salvados del nacimiento y de la muerte. Y ni siquiera hay un Sol; la claridad es perenne. Y las plantas están despiertas, no en su sueño como están aquí; se siente lo que sienten. Y uno piensa, sin darse cuenta, sin ir de una cosa a otra, de un pensamiento a otro. Todo pasa dentro de un corazón sin tinieblas. Hay claridad porque ninguna luz deslumbra ni acuchilla, como aquí, como ahí fuera.

ETÉOCLES: Si era eso lo que llevabas en tu frente, ¿por qué te casaste, di? Y ¿por qué volviste a la ciudad vieja a disputarme el gobierno, mi gobierno? ¿Y tu esposa?

POLINICES: Es que yo también me equivoqué, hijo de mi padre al fin. Volví a causa de Antígona, ella estaba en la ciudad vieja del Padre. Ella, la hermana, hermana entre todas, me llamaba. Todas las noches en el entresueño oía su voz, su voz me llamaba: «Polinices, Polinices». Y entonces, eso sólo bastaba, oír mi nombre en la voz de mi hermana, para que todo lo que me rodeaba se me borrara. Ella me llamaba por mi nombre de verdad. Y con ella al lado, si tú me hubieras dejado entrar, en la ciudad vieja, aquí en la tierra, aquí en nuestra tierra, hubiéramos edificado la ciudad nueva: la de los hermanos.

ETÉOCLES: Pero tenías que haber contado conmigo, o ¿es que yo acaso no soy vuestro hermano? Y con la otra, también.

ANTÍGONA: ¿La otra?

ETÉOCLES: Ismene, tu hermana, nuestra hermana. Ella es la única que no está aquí. ¿Por qué no viene?

ANTÍGONA: Ella es la única de nosotros que tendrá su propia vida. Y, por lo demás, ella está siempre conmigo; irá conmigo donde yo vaya.

Llega Hemón

HEMÓN: Héme aquí yo también. Mas veo que conmigo no cuenta nadie. Empezó mi padre por no contar conmigo al condenarte, Antígona, y ni siquiera tú misma, cuando te decidiste a todo, y tampoco ahora. Sí, ya sé que lloraste viniendo hacia aquí nuestras frustradas bodas. Pero no sé si sabes que yo soy, entre todos tus muertos, el único que ha muerto por ti, por tu amor. Los demás, éstos también, han ido a la muerte por otra cosa, por sus sueños o por sus principios, sin ver a la muchacha Antígona, a la que han devorado. Y yo te amaba a ti, a esa muchacha. No sé si me maté o si es que no pude seguir sin ti viviendo.

ANTÍGONA: ¿Vienes también tú, por tu parte?

HEMÓN: Vengo por ti, por ti toda entera, como hace el esposo.

ANTÍGONA: Como hace el esposo... Tengo que ser toda para el esposo. Pero es que yo toda, yo únicamente para el esposo...

HEMÓN: ¿No eres, pues, una muchacha, una virgen que nace al mismo tiempo que su esposo, esposa de nacimiento?

ANTÍGONA: Yo soy, yo era una muchacha nacida para el amor de mi esposo, a cuya casa iría saliendo de la casa de mi padre. Y me devoraron no ellos, sino la Piedad; soy ya la ceniza de aquella muchacha. Me deshojé. Y ahora...

HEMÓN: Y ahora más blanca que nunca, luz de tu propia luz, ahora que naces, ven conmigo que estoy junto a ti desde el nacimiento; ven a nacer juntamente conmigo que me estoy todavía muriendo. Ellos son sólo muertos que vuelven para llevarte con los muertos.

ETÉOCLES: Eres tú quien nos quiere del todo muertos. Pero no es así, vivos estamos porque nuestra guerra no se acaba.

HEMÓN: Ah, ¿pero no estabais ya de acuerdo?

ETÉOCLES: Nunca, mientras él, ella, todos no se me so-

metan. Y tú también, si la quieres; pues que sólo yo puedo dártela. Ella misma lo ha dicho; tiene que ir a ti desde la casa del Padre.

POLINICES: Pero tú, hermató, tú que no quieres ser nuestro hermano, no eres por eso nuestro padre.

ANTÍGONA: ¿Cuándo le daréis paz? Dejadlo ya, a nuestro padre. Se fue de aquí, él también vino y yo le escuché. Y desapareció llevándose consigo su sombra. No lo volveréis a ver ya más. Esa historia ya se ha acabado, por lo menos ésa, sí.

ETÉOCLES: Eso es lo que yo quise siempre. Tú dices las cosas mejor. Lo que yo quería, quiero, es que toda la historia se acabe y que comience la vida, la vida sin historia en la ciudad de los hermanos, Hemón: para ti hay lugar en ella. Hemón, ayúdame, deja esa historia del esposo y vente a ser nuestro hermano.

HEMÓN: Antígona, seré tu esposo-hermano, ¿no era eso lo que querías?

ETÉOCLES: ¿Y yo, y yo? ¿Y tu hermana Ismene? ¿Estás cierta de que la historia se ha acabado ya? Mientras la haya, tú, Antígona, serás su prisionera. Te rebelaste contra ella y mira dónde estás, cómo estás, condenada a vida. A mi lado habrías sido reina, más aún, consejera de mi poder. Si en tu demencia te queda un rayo de razón, estás a tiempo todavía, porque oigo que Creón se acerca; viene a buscarte. Déjalos a estos dos. Entra en razón. Yo estaré siempre con Creón, éste o el que sea. Y tú, mujer al fin, serás mi delegada.

ANTÍGONA: Iros, dejadme sola. Ha de ser así. Yo iré, iré, cuando pueda a reunirme con vosotros, en esa ciudad que dices, hermano. Esposo mío; espera todavía, espérame.

Creón

ANTÍGONA: ¿También tú, tampoco tú puedes pasarte sin venir a esta tumba?

CREÓN: No temas, Antígona. ¿No ves la puerta abierta?

ANTÍGONA: Será para ti. Yo no volveré a pasar nunca por esa puerta.

CREÓN: Como siempre, te adelantas: antes a mi justicia, ahora a mi clemencia. Vengo a sacarte de esta tumba. La muerte de mi hijo, precipitado como tú, me impidió sacarte de aquí a tiempo para que celebrarais vuestras nupcias. Yo quería sólo darte una lección.

ANTÍGONA: Ah... ¿No era la ley, que yo bajara aquí para desvivirme a solas como un reptil entre las piedras?

CREÓN: Ya empiezas, Antígona, haces que se me olvide lo que venía a decierte. Sí; se me va de la cabeza. Pero mi decisión es mi decisión y la mantengo por encima de tus palabras. La puerta está ahí, mírala, abierta. Vamos Antígona. Ve delante de mí. Sube tú antes que yo, sube tú, primero.

ANTÍGONA: He subido ya, aunque me encuentras aquí, tan abajo. Siempre estuvimos todos nosotros debajo de ti. Pues eres de esos que para estar arriba necesitan echar a los demás a lo más bajo, bajo tierra si no se dejan. Confórmate con eso, Creón. ¿Qué otra cosa quieres?

CREÓN: Quiero, ahora ya no sé lo que quiero. Lo que no quiero es oírte: que te vayas.

ANTÍGONA: Pues ya me estoy yendo.

CREÓN: Que te vayas de aquí, arriba, arriba.

ANTÍGONA: Arriba, arriba. ¿Tú sabes dónde es arriba?

CREÓN: La tierra de los vivos, y conmigo a lo alto, al poder. Pues que yo, como es justo, he de seguir reinando.

ANTÍGONA: Ya no pertenezco a tu reino.

CREÓN: Pues a otro reino, si no quieres estar en el mío.

ANTÍGONA: Estoy ya entrando en un reino. Voy ya de

camino, estoy más allá de donde a un alma humana le es dado el volver.

CREÓN: No te obstines, Antígona. Quizá crees que ha pasado mucho tiempo. Pero no. Mira, ¿no lo ves? El Sol no se ha puesto todavía, está ahí como ayer cuando bajaste. Sólo te ha faltado el Sol un día, sólo has dejado un día de verlo. Un día. Vamos Antígona, arriba, arriba.

ANTÍGONA: No.

CREÓN: ¿Y qué diré a tu hermana que te espera?

ANTÍGONA: Dile, si te acuerdas bien, dile —no cambies mis palabras— que viva por mí, que viva lo que a mí me fue negado: que sea esposa, madre, amor. Que envejezca dulcemente, que muera cuando le llegue la hora. Que me sienta llegar con la violeta inmortal, en cada mes de abril, cuando las dos nacimos.

CREÓN: ¿Y cómo yo voy a poder decirle todo eso? Eso son cosas tuyas.

ANTÍGONA: Y cómo voy a decir cosas no mías y a mi hermana, a lo único que de mí dejo en esa vida. Pero no es necesario que se lo digas. Yo sé que será así.

CREÓN: ¿Y a los que te lloran, qué les diré? Creerán que no he cumplido mi palabra. Pero no, ya lo ven. Creerán que no quieres volver con ellos.

ANTÍGONA: Ay, Creón, en qué cosas te paras ahora. Me dejarán de llorar, y es bueno que me lloren algún tiempo; eso les lavaré. A mí me ha cogido muchas veces la lluvia en el campo cuando iba con mi padre y no teníanos dónde guarecernos. Y era buena esa lluvia, era bueno, aunque duro ir al descampado. Gracias al destierro conocimos la tierra.

CREÓN: No te puedo entender. Pero, óyeme, por última vez te lo digo.

ANTÍGONA: No.

CREÓN: Óyeme, niña. Antígona, óyeme. No te vayas así sin mirarme siquiera, como si no estuvieras ya aquí. Escúchame, Antígona. Soy el primero que te invoca.

Dime: ¿Qué es lo que tengo que hacer? Te oiré, te, oh no, iba a decirte: te obedeceré. Y eso no es posible.

ANTÍGONA: A mí no hay que obedecerme. Sigue a quien yo sigo.

CREÓN: El Sol ya se ha ido, Antígona, tengo que irme.

Antígona, tienes tiempo aún, mira, mira el Sol: se está yendo.

ANTÍGONA: Ese Sol no es ya el mío. Síguele tú.

Antígona

Podía haber cerrado la puerta, sabiendo, como sabe, que yo ni la he de cerrar, ni la he de abrir; esa puerta de mi condena seguirá así, como la han dejado.

Pues que no es la condena, es la ley que la engendra, lo que mi alma rechaza. Pero veo que comienzo a hablar de mi alma.

Y él, claro, él venía a que colaborase con él, y que sea yo su cómplice por huir de la condena, y lo ayude a saltarse la ley sin cambiarla, claro.

Porque ha caído sobre él la desgracia y el oprobio. Y aún espera, sin saberlo, que si yo salgo de aquí todavía viva, su hijo, su hijo, vaya a resucitar. Mas no se resucita así a los muertos.

Venía a ascenderme. Eso. Por esa escala. Y yo no sé qué va a ser de mí, pero bien cierta estoy de que no es ésa la escala de mi ascensión y de que nadie, ninguno de los que están ahí arriba, ni de los que por aquí han venido, ávidos de seguir viviendo, me pueden resucitar, si es que al fin muero, o llevarme hacia la luz, ésa que nunca he visto, pero que siento según me voy volviendo ciega.

Oh Sol: estás todavía aquí como un reproche, como un

remordimiento que se arrastra; como una insidia. Ya sé que te veo por última vez, Sol de la Tierra, y que cuando te vayas, mis ojos, éstos de la tierra, dejarán de ver, pues que no se abrieron solos, tú los abriste como una herida. Esa herida de la luz en el rostro de los mortales. Sé que yéndote tú, Sol, se cerrarán estas llagas.

Y yo me quedaré aquí como una lámpara que se enciende en la oscuridad. Tendría que ir todavía más abajo y hundirme hasta el centro mismo de las tinieblas, que muchas han de ser, para encenderme dentro de ellas. Pues que sólo me fio de esa luz que se enciende dentro de lo más oscuro y hace de ello un corazón. Allí donde nunca llegó la luz del Sol que nos ilumina. Sí; una luz sin ocaso en el centro de la eterna noche.

Aún luces, aún me hieres con tu reverberar; estoy todavía viva: veo, respiro y toco y, como nadie me llama, no sé si podría oír.

Pues que si el del poder hubiera bajado aquí de otro modo, como únicamente debía haberse atrevido a venir, con la Ley Nueva, y aquí mismo hubiese reducido a cenizas la vieja ley, entonces sí, yo habría salido con él, a su lado, llevando la Ley Nueva en alto sobre mi cabeza. Entonces, sí. Pero él ni lo soñó siquiera, ni nadie allá arriba lo sueña.

Con sólo que él lo hubiera soñado, me tendría al lado suyo para vigilar su sueño, para alimentarlo. Porque su sueño así consume y se consume, si no lo cuidan. La vida está iluminada tan sólo por esos sueños como lámparas que alumbran desde adentro, que guían los pasos del hombre, siempre errante sobre la Tierra. Como yo, en exilio todos sin darse cuenta fundando una ciudad y otra. Ninguna ciudad ha nacido como un árbol. Todas han sido fundadas un día por alguien que viene de lejos. Un rey quizá, un rey-mendigo arrojado de su patria y que ninguna otra patria quiere, como iba mi padre, conducido por mis ojos que miraban y miraban sin descubrir la ciudad del destino, donde estaba nuestro hueco esperándonos. Y

yo sabía ya, al entrar en una ciudad, por muy piadosos que fueran sus habitantes, por muy benévola la sonrisa de su rey, sabía yo bien que no nos darían la llave de nuestra casa. Nunca nadie se acercó diciéndonos, «esta es la llave de vuestra casa, no tenéis más que entrar». Hubo gentes que nos abrieron su puerta y nos sentaron a su mesa, y nos ofrecieron agasajo, y aún más. Éramos huéspedes, invitados. Ni siquiera fuimos acogidos en ninguna de ellas como lo que éramos, mendigos, naufragos que la tempestad arroja a una playa como un desecho, que es a la vez un tesoro. Nadie quiso saber que íbamos pidiendo. Creían que íbamos pidiendo porque nos daban muchas cosas, nos colmaban de dones, nos cubrían, como para no vernos, con su generosidad. Pero nosotros no pedíamos eso, pedíamos que nos dejaran dar. Porque llevábamos algo que allí, allá, donde fuera, no tenían; algo que no tienen los habitantes de ninguna ciudad, los establecidos; algo que solamente tiene el que ha sido arrancado de raíz, el errante, el que se encuentra un día sin nada bajo el cielo y sin tierra; el que ha sentido el peso del cielo sin tierra que lo sostenga.

En nuestra casa crecemos como las plantas, como los árboles; nuestra niñez está allí, no se ha ido, pero se olvida. En nuestra casa, en nuestro jardín, no necesitamos tenerlo todo presente, todo el día, y nuestra alma toda en vilo, en vilo todo nuestro ser. No; en ella olvidamos, nos olvidamos. La patria, la casa propia es ante todo el lugar donde se puede olvidar. Porque no se pierde lo que se ha depositado en un rincón. Y basta que un día brille la claridad de una cierta manera para que algo que parecía para siempre borrado se presente, como saliendo del mar, purificado y pleno de vida. Y si es un pesar, se encuentra alivio, dejándolo en algún lugar apartado para ir a buscarlo cuando se tenga alma para soportarlo.

Porque los silencios de la casa y el rumor, ese zumbido de abejas que van y vienen, purifica y acompaña. Y ese tiempo inacabable y renaciente, como el Mar.

Así es la Patria, Mar que recoge el río de la muchedum-

bre. Esa muchedumbre en la que uno va sin mancharse, sin perderse, el Pueblo, andando al mismo paso con los vivos, con los muertos.

Y al salirse de ese mar, de ese río, sólo entre cielo y tierra, hay que recogerse a sí mismo y cargar con el propio peso; hay que juntar toda la vida pasada que se vuelve presente y sostenerla en vilo para que no se arrastre. No hay que arrastrar el pasado, ni el ahora; el día que acaba de pasar hay que llevarlo hacia arriba, juntarlo con todos los demás, sostenerlo. Hay que subir siempre. Eso es el destierro, una cuesta, aunque sea en el desierto. Esa cuesta que sube siempre y, por ancho que sea el espacio a la vista, es siempre estrecha. Y hay que mirar, claro, a todas partes, atender a todo como un centinela en el último confin de la tierra conocida. Pero hay que tener el corazón en lo alto, hay que izarlo para que no se hunda, para que no se nos vaya. Y para no ir uno, uno mismo haciéndose pedazos.

Tú, Padre mío, no te hiciste pedazos por esos caminos. Te sostuve, te fui sacando de las cuevas donde te metías. Íbas siempre a hundirte en las entrañas de la tierra. Y yo no te dejaba ni siquiera entrar en algunas de esas bocas oscuras que se abren en la tierra como las de una madre ávida. Íbamos andando a la claridad de las estrellas, hacia el alba, hacia el alba siempre. Hacia la aurora, Padre. Y una noche clara y sin estrellas, apareció una, una sola estrella en la bóveda del cielo, en medio. Entonces por primera vez vi un astro, ese Astro que el sol, la luna y las estrellas todas reflejan y encubren, el Astro al que todas las luces remiten, el Astro solo. Y después apareció como naciendo, reluciente y pálida, la Estrella de la Mañana, la mía. Pues que ni el Sol ni la Luna me han guiado apenas; sólo la Estrella. Y ahora está ahí, aquí. La puerta se quedó abierta para que entrara hasta aquí. Ahora esta mi tumba ya está en medio del cielo y de la tierra.

Sin cerrar los ojos, la siento sobre mí y en mí, en medio del cielo y de la tierra señoreando la noche del mundo. Dondequiera que esté, ella es el centro; lo hace sentir y

ver, lo establece. Y cerrando los ojos, la veo aún con mayor vida. Un rayo de vida que consume mis vidas todas: la vida que cayó sobre mí, la que surgía cuando me dejaban sola; las vidas que me tendían como una cinta, como un hilo, cada uno de mis hermanos. Pues que yo bien sabía que el uno me quería para que reinase a su lado, aunque se casara, y que el otro, al que yo más amaba, vendría un día a buscarme para irnos lejos a realizar algo hermoso y nunca visto, aunque se hubiera casado ya. Hemón, el novio, estaba siempre ahí, a la espera, ofreciéndome la vida, la vida que corre sin dificultad para todas las muchachas y que para mí estaba más allá, al otro lado de un torrente. Y él, desde la otra orilla, no podía ni siquiera llamarme, pues que sabía que no me era posible atravesarlo. Y a él, algo le impedía arrojarle a él, y atravesarlo, y llegar donde estaba yo y volver a atravesar el torrente conmigo. Allí, del otro lado, estaba nuestra vida, nuestras bodas. Y yo me quería dar aliento diciéndome: «Antígona, tienes novio, estás prometida; celebrarás un día tus bodas». Pero luego se me desvanecía la imagen. Y la vida prometida se me volvía a aparecer sin nombre y sin figura alguna, como un espacio claro. Como un horizonte y como una tierra diferente sin huellas de humanas plantas. La soñaba y entonces la veía. Desierta la sentía, como una llamada que me hacía ir obstinadamente hacia un punto invisible, por senderos que no llevan a ninguna parte. En sueños tenía siempre, para llegar a esa claridad prometida, que atravesar un dintel, como ése; que subir tres escalones, como ésos. Pero me quedaba quieta como ahora. Otras veces, tenía que atravesar de parte a parte una estancia muy clara, llena de grandes vasos de vidrio muy diáfanos que apenas se veían. Y era obligado el pasar entre ellos sin quebrar ninguno, sin hacerlos temblar. Y así lo hacía. Nunca quebré ningún vaso, ni atravesé el umbral estando la puerta abierta. Siempre fue así, en mi sueño y en la realidad. Cuando pasé la raya para ir a lavar el cadáver de mi hermano, el cántaro tampoco se me rompió. Y a

la tierra aquella donde mi hermano estaba, se podía ir, era tierra de ésta, de los hombres. No era la tierra prometida, la que se extiende más allá de lo que alumbra el Sol. La Tierra del Astro único que se nos aparece sólo una vez. Y allí todo será como un solo pensamiento. Uno solo. En esta tierra que está bajo el Sol no es posible. Porque todo lo que desciende del Sol es doble: luz y sombra; día y noche; sueño y vigilia; hermanos que viven uno de la muerte del otro. Hermano y esposo que no pueden juntarse y ser uno solo. Amor dividido. Y no hay un lugar donde el corazón pueda ponerse entero. Y hay que irlo a buscar, porque se pierde. Y se cae también el corazón, y hay que alzarlo sin que descanse. No se le puede dejar al corazón que descanse, ni que se aduerma. No hay que permitir que nos deje, ni que se vaya en la noche por su cuenta. Hay que esconderlo a veces, eso sí. Y dejarlo que ayune para que reciba su secreto alimento.

Y seguirlo cuando la oscuridad lo envuelve, entrarse con él en lo más denso de las sombras, reducirse hasta llegar con él a la secreta cámara donde la luz se enciende.

Ahora sí, ha de ser la hora ya. Ahora que está aquí la estrella.

Los desconocidos

DESCONOCIDO PRIMERO: Antígona, despiértate; aún es tiempo.

DESCONOCIDO SEGUNDO: ¿Adónde quieres llevarla? La puerta ha estado y sigue estando abierta. De no ser así, tú no habrías entrado, pues que no eres de aquellos que se filtran por las paredes.

DESCONOCIDO PRIMERO: ¿Y tú, tú?

DESCONOCIDO SEGUNDO: ¿No me reconoces porque vengo de este modo? ¿Porque no me muestro y nadie ha gritado mi nombre? ¿No me has visto alguna vez? Suelo pasar muy de prisa, ando atareado: me mandan, me piden.

DESCONOCIDO PRIMERO: Nunca te encontré por mis caminos. Veo que no eres un simple hombre como los demás, ni tampoco como yo. Pareces una aparición, una figura de esos sueños que luego nos acompañan. No sé quién eres. Mas si eres más que un hombre, has de saber a lo que vengo a este lugar. Todavía estamos a tiempo. Y yo vengo de otro modo, de un modo muy distinto al que han venido todos los que hasta aquí bajaron, todos los que se filtraron, como tú has dicho, por las paredes. Yo no puedo. Pero a cambio de esa imposibilidad puedo bajar a los pozos de la muerte y del gemido y puedo subir; entro en el laberinto y salgo. Y siempre de estos lugares de encierro saco a alguien que gime y me lo llevo conmigo. Y lo pongo arriba en medio de las gentes, a que cuente su historia en voz alta. Porque los que claman han de ser oídos. Y vistos. Déjamela. Porque veo que ya es tuya.

DESCONOCIDO SEGUNDO: No. No me pertenece a mí tampoco. Fue vuestra y la dejasteis sola. Apenas unos cuantos la siguieron hasta aquí cuando se lamentaba en voz alta, cuando clamaba. Y antes, cuando partió, niña sola guiando a su padre, el más desdichado de los hombres. Los dejasteis partir creyendo que con ello ya seríais dichosos y que la ciudad quedaba libre de culpa.

Entonces, en la desgracia, era vuestra, como vuestro era el padre en la culpa. Sois así. Rechazáis al inocente en su caída y luego os disputáis su tumba.

DESCONOCIDO PRIMERO: Pero yo, yo me acerco y aun bajo a las tumbas de otro modo. Ya te lo he dicho. Pero, escúchame.

DESCONOCIDO SEGUNDO: Te escucho.

DESCONOCIDO PRIMERO: No; no es así como tendrías que escucharme. Tendrías que darme aliento. Tendrías que darme la palabra.

DESCONOCIDO SEGUNDO: No sabes, entonces...

DESCONOCIDO PRIMERO: Poco sé, ahora. Porque he venido aquí en modo diferente a como he bajado a otros lugares como éste. Querría, quería llevármela viva, a ella, no a su sombra. Que conociera la vida antes de morir.

DESCONOCIDO SEGUNDO: No sabes quién es todavía. La amas desde cerca. Tienes que alejarte. Por esta vez te volverás solo. Tienes que esperarla.

DESCONOCIDO PRIMERO: ¿Tengo que irme así? ¿Sin ella, sin acabar de entender tus palabras y sin que me escuches? Tengo tantas palabras aquí en el pecho, agolpándose en mi garganta.

DESCONOCIDO SEGUNDO: ¿Temes por tus palabras? ¿Temes por Antígona? Por tus palabras no temas, pues que las tienes que dar todas; no son tuyas más que para darlas. Y por Antígona no penes ya más. Todo ha pasado ya para ella. ¿No la ves? Ha tocado esa parte de la vida de donde, aunque todavía se respire, no se puede ya volver. Mas nunca se irá, nunca se os irá del todo.

DESCONOCIDO PRIMERO: Hablas por enigmas. ¿Quieres decir que va a seguir aquí sola, hablando en alta voz, muerta hablando a viva voz para que todos la oigamos? ¿Es que va a tener vida, y voz?

DESCONOCIDO SEGUNDO: Sí; vida y voz tendrá mientras siga la historia.

DESCONOCIDO PRIMERO: Mientras haya hombres.

DESCONOCIDO SEGUNDO: Mientras haya hombres hablará sin descanso, como la ves ahora, en el confín de la vida con la muerte. ¿Has entendido?

DESCONOCIDO PRIMERO: Sí, no; no del todo. Vendré aquí, me acercaré por la noche para recoger su palabra en el silencio.

DESCONOCIDO SEGUNDO: No es eso; no será así. La oirás más claramente de lejos, aunque estés sumergido en otros asuntos. Pues que tú la oirás el primero. Y esas palabras que se aglomeran ahora en tu garganta, saldrán sin que lo notes. Su voz desatará tu lengua. Vete ahora.

DESCONOCIDO PRIMERO: No encuentro nada que decirte. Me voy con tu palabra.

DESCONOCIDO SEGUNDO: Antígona: ven, vamos, vamos.

ANTIGONA: Ah, sí. ¿Dónde? ¿Adónde? Sí, Amor. Amor tierra prometida.

María Zambrano:
nota biográfica y bibliografía

INDICE

La Tumba de Antígona

Prólogo.....	201
Antígona.....	223
La noche.....	225
Sueño de la hermana.....	227
Edipo.....	231
Ana, la nodriza.....	234
La sombra de la madre.....	238
La harpía.....	241
Los hermanos.....	245
Llega Hemón.....	253
Creón.....	255
Antígona.....	257
Los desconocidos.....	262
<i>Nota bio-bibliográfica.....</i>	<i>267</i>

- 1904: Nace el 25 de abril en Vélez-Málaga. Sus padres, Blas José Zambrano y Araceli Alarcón Delgado, eran maestros.
- 1908: Durante una breve temporada que pasa en un cortijo de la provincia de Jaén, en casa de su abuelo materno, sufre una grave enfermedad que le lleva a las puertas de la muerte. Pasada la gravedad, convalece en Madrid, donde residen sus padres.
- 1909: La familia se traslada a Segovia, donde el padre de María Zambrano es profesor en la Escuela Normal. En Segovia, Blas Zambrano sería amigo y compañero inseparable de Antonio Machado, desde la llegada de éste a aquella ciudad en 1919, y uno de los fundadores de la Universidad Popular segoviana, así como de diversas revistas literarias e incluso de un periódico (*Segovia*), de breve duración.
- 1924: Realiza estudios de Filosofía y Letras por libre, debido a su escasa salud, en la Universidad de Madrid. En 1926 comienza a asistir a las clases, siguiendo los cursos de José Ortega y Gasset, Xavier Zubiri y Manuel García Morente.
- 1928: Inicia el doctorado. Tras su ingreso en la Federación Universitaria Española, comienza sus colaboraciones en la sección «Aire libre» del periódico madrileño *El Liberal*. Participa en la fundación de la Liga de Educación Social, de la que será vocal.

- 1930: Publica *Horizonte del liberalismo* (Madrid, Morata). Ingresada como profesora auxiliar de la Cátedra de Metafísica de la Universidad de Madrid, hasta 1936. En estos años trabaja en su tesis doctoral *La salvación del individuo en Spinoza*, e inicia su amistad con numerosos escritores e intelectuales de su generación.
- 1933: Comienza sus colaboraciones en las revistas *Cruz y Raya*, dirigida por José Bergamín, y *Revista de Occidente*, dirigida por José Ortega y Gasset; en esta última publica el ensayo «Hacia un saber sobre el alma» (n.º 138, diciembre 1934).
- 1936: En septiembre, contrae matrimonio con el historiador Alfonso Rodríguez Aldave, trasladándose poco después a Chile, donde éste ha sido nombrado secretario de la Embajada española.
- 1937: Publica *Los intelectuales en el drama de España* (Santiago de Chile, Panorama). A mediados de ese año regresa junto a su marido a España, integrándose en Valencia en el grupo fundador de la revista *Hora de España* (junto con Rafael Dieste, Antonio Sánchez Barbudo, Ramón Gaya, Juan Gil-Albert, Emilio Prados y Arturo Serrano Plaja), y colabora activamente en la defensa de la República. Escribe también, sin firma, en la revista *Madrid*, cuyo último número dirige. En los años de guerra, María Zambrano es miembro del Consejo de Propaganda y del Consejo Nacional de la Infancia Evacuada.
- 1939: El 28 de enero inicia su exilio, trasladándose primero a París y después a La Habana (Cuba), desde donde se dirige a México. Allí enseña algún tiempo en la Casa de España y como profesora de filosofía en la Universidad de Morelia (Michoacán, México). En ese mismo año publica las obras *Pensamiento y poesía en la vida española* y *Filosofía y poesía*, así como el ensayo «San Juan de la Cruz: de la "noche oscura" a la más clara mística», comenzado en Barcelona para *Hora de España* y publicado en la revista *Sur* de Buenos Aires.
- 1940: Se traslada a La Habana, invitada por el Instituto de Altos Estudios, de reciente fundación, y por el Instituto de Investigaciones Científicas de la Universidad de La Habana. Desde su llegada a México, María Zambrano colabora en

- diversas revistas hispanoamericanas: *Taller* (revista mensual de poesía y crítica, dirigida por Octavio Paz), *Luminar* y *El Hijo Pródigo*, de México; *Sur*, de Buenos Aires; *Asomante* y *La Torre*, de Puerto Rico, etc.; así como en las publicaciones fundadas por el exilio español: *Romance* (México, 1940-41, dirigida por Juan Rejano), *Nuestra España* (La Habana, oct. 1939-sept. 1940, dirigida por Álvaro de Albornoz), *Las Españas* (México, oct. 1946-ag. 1950, dirigida por Manuel Andújar).
- 1943: Se traslada a Puerto Rico, como profesora en la Universidad de Río Piedras.
- 1944: *El pensamiento vivo de Séneca*, Buenos Aires, Losada.
- 1945: *La agonía de Europa*, Buenos Aires, Sudamericana.
- 1946: Se traslada a París, donde residirá hasta 1949.
- 1948: Se separa de su marido.
- 1949: Regresa a América, dictando cursos en Puerto Rico y La Habana. Reside en esta última ciudad hasta 1953.
- 1950: *Hacia un saber sobre el alma*, Buenos Aires, Losada.
- 1953: Se traslada a Roma, donde vivirá durante once años, hasta 1964, en compañía de su hermana Araceli. Obtiene una mención del Premio Literario Europeo de Ginebra por su autobiografía *Delirio y destino*.
- 1955: *El hombre y lo divino*, México, Fondo de Cultura Económica.
- 1959: *Persona y democracia*, Puerto Rico, Ministerio de Instrucción Pública.
- 1960: *La España de Galdós*, Madrid, Taurus.
- 1964: Establece su residencia en una pequeña *ferme* en La Pièce (Gex, en el Jura francés, cerca de Ginebra); allí reside por espacio de dieciséis años, hasta 1980.
- 1965: *España, sueño y verdad*, Barcelona, Edhasa, y *El sueño creador*, Xalapa (México), Universidad Veracruzana.
- 1967: *La tumba de Antígona*, México, Siglo XXI.
- 1971: Aparece el primer volumen de sus *Obras reunidas*, Madrid, Aguilar.
- 1972: Muere su hermana Araceli. A raíz de ello, efectúa un breve e intenso viaje a Grecia.
- 1977: *Claros del bosque*, Barcelona, Seix Barral.
- 1978: Se traslada a Ferney-Voltaire (Gex), población colindante de Ginebra. A partir de 1980 reside en Ginebra.

- 1981: Recibe el Premio Príncipe de Asturias de Humanidades. Es nombrada hija predilecta por el Ayuntamiento de Vélez-Málaga, su ciudad natal.
- 1983: Es nombrada doctora «honoris causa» por la Universidad de Málaga.
- 1984: Regresa a España, en noviembre, instalándose en Madrid, donde reside en la actualidad.

BIBLIOGRAFÍA

LIBROS

- Horizonte del liberalismo*, Madrid, Morata, 1930, 304 pp.
- Los intelectuales en el drama de España*, Santiago de Chile, Pannorama, 1937; 2.ª ed. aumentada: *Los intelectuales en el drama de España, y Ensayos y notas (1936-1939)*, Madrid, Hispanérica, 1977, 208 pp.
- Pensamiento y poesía en la vida española*, México, La Casa de España, 1939, XII + 179 pp.; incluido en *Obras reunidas*, Madrid, 1971.
- Filosofía y poesía*, Michoacán (México), Universidad de Morelia, 1939; incluido en *Obras reunidas*, Madrid, 1971.
- El freudismo, testimonio del hombre actual*, La Habana, 1940.
- Isla de Puerto Rico (Nostalgia y esperanza de un mundo mejor)*, La Habana, 1940.
- El pensamiento vivo de Séneca* (presentación y antología), Buenos Aires, Losada, 1944, 194 pp.
- La agonia de Europa*, Buenos Aires, Sudamericana, 1945.
- Hacia un saber sobre el alma*, Buenos Aires, Losada, 1950, 165 pp.
- El hombre y lo divino*, México, F.C.E., 1955 (1.ª reimp., 1966); 2.ª ed. aumentada con el ensayo «El libro de Job y el pájaro», 1973, 408 pp., Col. Breviarios.
- Persona y democracia*, San Juan de Puerto Rico, Ministerio de Instrucción Pública, 1959.
- La España de Galdós*, Madrid, Taurus, 1960; 2.ª ed. aumentada con el ensayo «Misericordia» y dibujos de Ramón Gaya, Barcelona, La Gaya Ciencia, 1982, 148 pp.
- España, sueño y verdad*, Barcelona, Edhasa, 1965, Col. El puente;

2.ª ed. aumentada con el capítulo «Sueño y verdad de la pintura en España», 1982, 253 pp.

- El sueño creador (Los sueños, el soñar y la creación por la palabra)*, Xalapa (México), Universidad Veracruzana, 1965; incluido en *Obras reunidas*, Madrid, 1971.
- La tumba de Antígona*, México, Siglo XXI, 1967, Col. Mínima.
- Obras reunidas (Primera entrega)*, Madrid, Aguilar, 1971, 370 pp., Col. Estudios literarios. Contiene «El sueño creador», «Filosofía y poesía», «Apuntes sobre el lenguaje sagrado y las artes», «Poema y sistema», «Pensamiento y poesía en la vida española» y «Una forma de pensamiento: la "Guía"».
- Claros del bosque*, Barcelona, Seix Barral, 1977, Biblioteca breve. Trad. francesa: *Les clairières du bois*, trad. de Marie Laffranque, Toulouse, Publ. de l'Université de Toulouse-Le Mirail, 1985, 160 pp.
- Dos escritos autobiográficos (El nacimiento)*, Madrid, Entregas de la Ventura, 1981.
- Dos fragmentos sobre el amor*, Málaga, Begar, 1982.
- Marta Zambrano: Voz y textos* (cassette), grabación homenaje a María Zambrano, Madrid, Ministerio de Educación y Ciencia, 1982.
- Senderos*, Barcelona, Anthropos Editorial del Hombre, 1986, Col. Memoria rota, Exilios y heterodoxias.

ARTÍCULOS

En *Cruz y Raya* (1933-34):

- «Cock-tail de ciencias» (presentación del discurso de Julio Rey Pastor, «Los progresos de España e Hispanoamérica en las ciencias teóricas»), n.º 1, 15 abril 1933, pp. 141-5.
- «San Basilio» (nota biográfica y antología), n.º 2, 15 mayo 1933, pp. 91-118.
- «Señal de vida» (sobre J. Ortega y Gasset, *Obras, 1914-1932*), n.º 2, 15 mayo 1933, pp. 145-154.
- «Renacimiento litúrgico» (sobre R. Guardini, *El espíritu de la liturgia*), n.º 3, 15 junio 1933, pp. 161-4.
- «Por el estilo de España» (sobre Vossler, *Lope de Vega y su tiempo*), n.º 12, marzo 1934, pp. 111-5.

En *Revista de Occidente* (1933-35):

- «Lou Andreas Salomé: *Nietzsche*» (reseña), n.º 115, enero 1933, pp. 106-8.
- «Hoffmann: *Descartes*» (reseña), n.º 117, marzo 1933, pp. 345-8.
- «Alejandro el Grande, héroe antiguo» (reseña del libro de U. Wilken), n.º 127, enero 1934, pp. 117-120.
- «Conde de Keyserling: *La vida íntima*» (reseña), n.º 128, febrero 1934, pp. 227-232.
- «Robert Aron y Arnaud Dandieu, *La révolution nécessaire*» (reseña), n.º 131, mayo 1934, pp. 209-221.
- «Por qué se escribe», n.º 132, junio 1934, pp. 318-328.
- «Ante la *Introducción a la teoría de la ciencia*, de Fichte», n.º 137, noviembre 1934, pp. 216-224.
- «Hacia un saber sobre el alma», n.º 138, diciembre 1934, pp. 261-276.
- «Un libro de ética» (sobre Ramón del Prado, *Ética general*), n.º 146, agosto 1935, pp. 245-9.

En *Hora de España* (1937-38):

- «El español y su tradición», IV, abril 1937, pp. 23-27.
- «Españoles fuera de España», VII, julio 1937, pp. 59-62.
- «La reforma del entendimiento español», IX, septiembre 1937, pp. 13-28.
- «Dos conferencias en la Casa de la Cultura» (de Nicolás Guillén y Juan Marinello), X, octubre 1937, pp. 72-74.
- «*La guerra*, de Antonio Machado», XII, diciembre 1937, pp. 68-74.
- «Un camino español: Séneca o la resignación», XVII, mayo 1938, pp. 11-20.
- «Poesía y revolución (*El hombre y el trabajo*, de Arturo Serrano Plaja)», XVIII, junio 1938, pp. 48-55.
- «Un testimonio para *Esprit*», XVIII, junio 1938, pp. 59-63.
- «*Madrid*. Cuadernos de la Casa de la Cultura», XX, agosto 1938, pp. 55-56.
- «Misericordia», XXI, septiembre 1938, pp. 29-52.
- «Pablo Neruda o el amor a la materia», XXIII, noviembre 1938, pp. 35-42.
- «Las ediciones del Ejército del Este», XXIII, noviembre 1938, pp. 72-73.

Selección de artículos de María Zambrano (1933-1986):

- «Nostalgia de la tierra», *Los Cuatro Vientos*, n.º 2, 1933; recogido en Paul Ilie, *Documents of the Spanish Vanguard*, University of North Carolina, 1969.
- «La salvación del individuo en Spinoza», *Cuadernos de la Facultad de Filosofía y Letras* (Madrid), n.º 3, feb.-marzo 1936, pp. 7-21.
- «Antonio Machado y Unamuno, precursores de Heidegger», *Sur* (Buenos Aires), n.º 42, marzo 1938, pp. 85-86.
- «San Juan de la Cruz (De la "noche oscura" a la más clara mística)», *Sur* (Buenos Aires), n.º 63, diciembre 1939, pp. 43-60.
- «La agonía de Europa», *Sur* (Buenos Aires), n.º 72, septiembre 1940, pp. 16-35.
- «La violencia europea», *Sur* (Buenos Aires), n.º 78, marzo 1941, pp. 7-23.
- «La confesión, como género literario y como método», *Luminar* (La Habana), vol. 5, n.º 3, 1941, pp. 292-323, y vol. 6, n.º 1, 1943, pp. 20-51.
- «La esperanza europea», *Sur* (Buenos Aires), n.º 90, marzo 1942, pp. 12-31.
- «Unamuno y su tiempo», *Universidad de La Habana*, n.º 46-48, enero-junio 1943, pp. 42-82.
- «Nacimiento y desarrollo de la idea de libertad, de Descartes a Hegel», *Luminar* (La Habana), 1944.
- «La destrucción de las formas», *El Hijo Pródigo* (México), n.º 14, mayo 1944, pp. 75-81.
- «Poema y sistema», *El Hijo Pródigo* (México), n.º 18, septiembre 1944, pp. 137-139.
- «La destrucción de la filosofía en Nietzsche», *El Hijo Pródigo* (México), n.º 23, febrero 1945, pp. 71-74.
- «Sobre la vacilación actual», *El Hijo Pródigo* (México), n.º 29, agosto 1945, pp. 91-95.
- «Delirio de Antígona», *Orígenes* (La Habana), n.º 18, 1948.
- «La Cuba secreta», *Orígenes* (La Habana), n.º 20, 1948 (en torno a la antología de C. Vitier, *Diez poetas cubanos*).
- «Le mythe de Don Quijote», *La Licorne* (Montevideo), 1948.
- «Ortega y Gasset, filósofo español», *Asomante* (S. Juan de Puerto Rico), vol. 5, n.º 1, enero-marzo 1949, pp. 5-17, y n.º 2, abril-junio 1949, pp. 6-15.

- «Lydia Cabrera, poeta de la metamorfosis», *Ortogenes* (La Habana), n.º 25, 1950, pp. 11-15.
- «Amor y muerte en los dibujos de Picasso», *Ortogenes* (La Habana), n.º 31, 1952, pp. 17-22.
- «Dos fragmentos sobre el amor», *Ínsula* (Madrid), n.º 75, marzo 1952; recogido en el libro homónimo.
- «Fragmentos», *Ortogenes* (La Habana), n.º 33, 1953.
- «Tres delirios» («Corpus en Florencia», «El cáliz» y «Condena de Aristóteles»), *Ortogenes* (La Habana), n.º 35, 1954.
- «Sobre el problema del hombre», *La Torre* (S. Juan de Puerto Rico), n.º 12, oct.-dic. 1955, pp. 99-177.
- «La multiplicidad de los tiempos», *Botteghe Oscure* (Roma), 1955; recogido en *Dos fragmentos autobiográficos*.
- «Adsum», *La Licorne* (Montevideo), 1955; recogido en *Dos fragmentos autobiográficos*.
- «Una visita al Museo del Prado», *Cuad. del Congreso por la Libertad de la Cultura* (París), n.º 13, 1955.
- «Lo que le sucedió a Cervantes: Dulcinea», *Ínsula* (Madrid), n.º 116, 1955.
- «Apuntes sobre la acción de la filosofía», *La Torre* (S. Juan de Puerto Rico), n.º 15-16, jul.-dic. 1956, pp. 552-576.
- «Unidad y sistema en la filosofía de Ortega y Gasset», *Sur* (Buenos Aires), n.º 241, julio-agosto 1956, pp. 40-49.
- «Los sueños y el tiempo», *Diógenes* (Buenos Aires), n.º 19, septiembre 1957, pp. 43-58.
- «Fragmentos. De un inédito: "Ante la verdad"», *Ínsula* (Madrid), n.º 134, enero 1958.
- «Cartas sobre el exilio», *Cuad. del Congreso por la Libertad de la Cultura* (París), n.º 49, 1961.
- «Palabra y poesía en Reyna Rivas», *Cuadernos Americanos* (México), vol. 121, n.º 2, marzo-abril 1962, pp. 207-212.
- «El tiempo y la verdad», *La Torre* (S. Juan de Puerto Rico), n.º 42, abril-junio 1963, pp. 29-43.
- «Un frustrado "pliego de cordel", de Ortega y Gasset», *Papeles de Son Armadans* (Palma de Mallorca), n.º 89, 1963.
- «El poeta y la muerte: Emilio Prados», *Cuadernos Americanos* (México), vol. 126, n.º 1, enero-febrero 1963 (n.º dedicado a España).
- «El camino de Quetzalcóatl», *Cuadernos Americanos* (México), vol. 133, n.º 2, marzo-abril 1964, pp. 69-77.

- «Les dieux grecques», *Revue de Métaphysique et de Moral* (París), 1964.
- «El sueño creador», *Ínsula* (Madrid), sep. 1966; reproducido en José Ángel Valente, *Las palabras de la tribu*, Madrid, Siglo XXI, 1971.
- «La palabra y el silencio», *Asomante* (S. Juan de Puerto Rico), oct.-dic. 1967.
- «El libro de Job y el pájaro», *Papeles de Son Armadans* (Palma de Mallorca), CLXV, 1969.
- «Prólogo» a la edición facsimilar del n.º XXIII, inédito, de *Hora de España* (ed. de la revista en 5 vols., Barcelona, Laia, 1974).
- «Hora de España. El número perdido», *Triunfo* (Madrid), n.º 629, 1974.
- «Miguel de Molinos, recuperado», *Ínsula* (Madrid), enero 1975.
- «Un pensador. Apuntes» (sobre A. Machado), *Cuadernos para el Diálogo* (Madrid), XLIX, extr., nov. 1975.
- «El viaje: infancia y muerte» (sobre un poema de F. García Lorca), *Trece de Nieve* (Madrid), 1976.
- «Hombre verdadero: José Lezama Lima», *El Pats* (Madrid), 27 nov. 1977; reproducido en *Poesie* (París), n.º 2, 1977.
- «Acerca de la generación del 27», *Ínsula* (Madrid), jul.-agosto 1977.
- «Presencia de Miguel Hernández», *El Pats* (Madrid), 9 julio 1978.
- «La palabra perdida», «La palabra inicial», «El germen», en *Poesía* (Madrid), n.º 4, 1979.
- «Antes de la ocultación. Los mares», *Altaforte* (París), n.º 1, 1979.
- «Fragmentos» (del libro inédito *De la aurora*), *Escandalar* (Nueva York), n.º 4, 1980.
- «Poeta, profeta Juan Ramón», *Ínsula* (Madrid), n.º 416-417, 1981.
- «Pensamiento y poesía en Emilio Prados», prólogo a Emilio Prados, *Circuncisión del sueño*, Valencia, Pre-Textos.
- «Del conocimiento pasivo o saber de quietud», *Cuadernos del Norte* (Oviedo), n.º 8, agosto 1981 (n.º homenaje a M. Zambrano).
- «Para el Destierro, de Teresa Gracia», prólogo a Teresa Gracia, *Destierro*, Valencia, Pre-Textos, 1982, Col. Pre-Textos/Poesía.
- «Saludo a Octavio Paz», *El Pats* (Madrid), 23 abril 1982.
- «La llama», *Número* (Madrid), mayo-junio 1982.
- «El vaso de Atenas», *Litoral* (Málaga), n.º 121-123, 1983 (n.º homenaje a M. Zambrano).

En la actualidad, María Zambrano prosigue sus colaboraciones y, especialmente, en el suplemento dominical «Las culturas» de *Diario 16*, donde publica regularmente.

SOBRE MARÍA ZAMBRANO

Cuadernos del Norte (Oviedo), año II, n.º 8, agosto 1981 (n.º homenaje a María Zambrano).

Pueblo (Madrid), 13 junio 1981 (suplemento monográfico dedicado a María Zambrano).

J.F. Ortega Muñoz, J.L. Aranguren, J.A. Valente, A. Guy, A. Doblas Bravo y P. Gimferrer, *María Zambrano o la metafísica recuperada*, Universidad de Málaga, 1982.

Litoral (Málaga), I: n.º 121-122-123; II: n.º 124-125-126, 1983 (monográfico sobre María Zambrano; el vol. I contiene las obras «La tumba de Antígona» y «Diotima de Mantinea»).

Cuadernos Hispanoamericanos (Madrid), n.º 413, noviembre 1984, «Homenaje a María Zambrano».

Julia del Castillo, *María Zambrano*, Madrid, Minist. de Cultura, Col. Escribir hoy (en prensa).